

La Esfera

Año V Núm. 257

Precio: 60 cents.



RETRATO DE MANOLITA, cuadro de Leonardo Alenza, que figuró en la Exposición de obras de este pintor

Solaz instantáneo después de rasurarse

"Nieve"
(Marca de Fábrica)

'Hazeline'
(“HAZELINE” SNOW” TRADE MARK)

pone el cutis deliciosamente fresco y suave. Hace desaparecer la sensibilidad y evita erupciones.

En todas las Farmacias y Droguerías

Burroughs Wellcome y Cia. Londres

La "Nieve 'Hazeline'" no es grasienta. Aquellas personas cuyo cutis requiera una preparación grasienta deberían obtener la Crema 'Hazeline.'

All Rights Reserved



Lea Ud. los miércoles

MUNDO GRÁFICO
REVISTA POPULAR ILUSTRADA

30 cts. en toda España



La paz trae a los pueblos una era de concordia y prosperidad. Los hombres pueden realizar esa obra con más eficacia si a sus almas fortalecidas con los nuevos ideales unen la energía de un cuerpo sano y vigoroso. La fuente de esta salud y esta energía es el

XEREZ-QUINA RUIZ
DE "FÉLIX RUIZ Y RUIZ," JEREZ

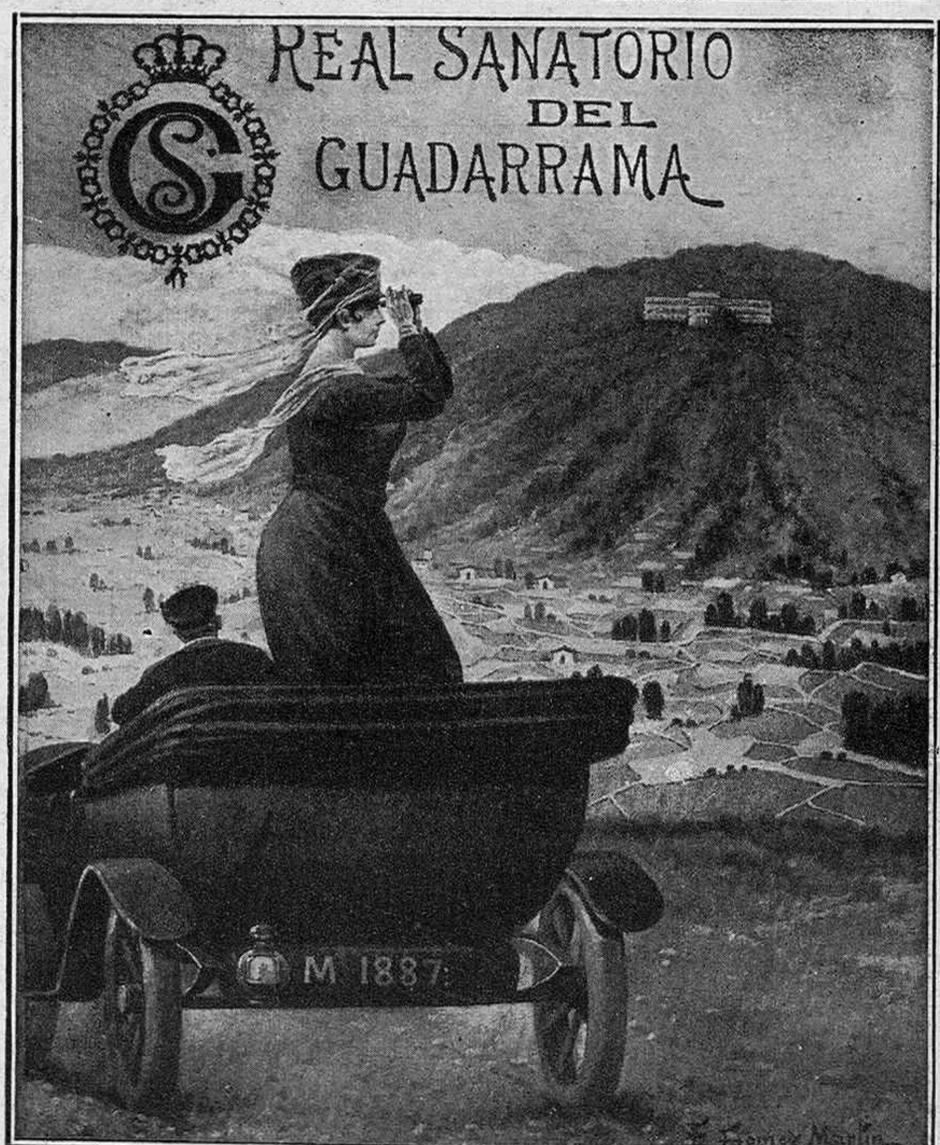
UNA PASTILLA VALDA
EN LA BOCA
ES UNA GARANTIA DE PRESERVACION
de las afecciones de la Garganta, Corizas, Ronqueras, Resfriados, Bronquitis, etc.
ES LA DESAPARICION INSTANTANEA
de la sofocación, accesos de Asma, etc.
ES LA RAPIDA CURACION
de todas las enfermedades del pecho

ADVERTENCIA IMPORTANTÍSIMA
PEDIR, EXIGIR
en todas las farmacias
LAS LEGITIMAS PASTILLAS VALDA
que son ÚNICAMENTE las que se venden en CAJAS de Ptas 1.50 y llevan el nombre **VALDA** en la tapa

AGENTES GENERALES: Vicente FERRER y C^{ia} Barcelona.

Fórmula:
Menthol... 0.002
Eucalyptol... 0.0005
Azúcar-Goma.

REAL SANATORIO DEL GUADARRAMA



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA
Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.— Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.— Abierto todo el año.
Para informes y admisión, dirigirse al S. Director-Gerente, D. Luciano Barajas y de Vilches, Hortaleza, 132, Madrid

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO



Overland
TRADE MARK REG.

La fábrica de automóviles más importante del mundo
250.000 coches de categoría lanza anualmente al mercado

Proveedora en España de

S. M. el Rey Don Alfonso XIII.
Príncipes Pio de Saboya.
Duques de Santo Mauro, Santoña, Peñaranda,
Tamames, Extremera, etc.
Marqueses de la Mina, Viana, Aulencia, Flores
Dávila, Bolaños, Mudela, Monte Florido,
Orani, Portago, etc.
Condes de Valdelagrana, Limpias, Adanero, etc.

Potencia, seguridad, elegancia, economía, máxima
comodidad, se obtienen con el automóvil «Overland».

De 4, 6 y 8 cilindros, con y sin válvulas.
De 10 á 60 HP, entrega inmediata.

GARAGE "EXCELSIOR"
Alvarez de Baena, 7 MADRID

WILLYS-OVERLAND, Inc.
Toledo, Ohio, E. U. A.



ARTURO VENTURA
GRAN PELETERÍA

1.ª Casa en modelos
CARMEN, 29, pral.-Teléf.º M-3.607.- Madrid

LEA USTED
LOS VIERNES

**NUEVO
MUNDO**

REVISTA POPULAR ILUSTRADA
40 cénts. en toda España

SE VENDEN
los clichés usados en esta revista.
:-: Dirigirse á Hermosilla, 57 :-:

FOTOGRAFÍA

BIEDMA

ALCALÁ
23
HAY ASCENSOR
Casa de primer orden



—No seas tonta, abuelita,
y escucha á tu nietecita:
suprime tanta pintura,
usa crema PECA-CURA
y lograrás ser bonita.

Jabón, 1,40.—Crema, 2,10.—Polvos, color moreno (siete matices), rosa ó blanco, 2,30.—
Agua cutánea, 5,50.— Agua de Colonia, 3,25.
3, 8 y 14 pesetas, según frasco.

PROBAD los jabones, **PROBAD** los polvos color moreno (siete matices), rosa ó blanco, serie "IDEAL"; perfumes: ROSA DE JERICÓ, ADMIRABLE, MATINAL, ROSA, GINESTA, CHIPRE, ROCIO FLOR, MIMOSA, VERTIGO, ACACIA, MUGUET, CLAVEL, VIOLETA, JAZMIN

3 pesetas pastilla; 4 pesetas caja. **NINGUNO** los supera, **NINGUNO** los iguala en perfume, clase ni presentación.—Últimas creaciones de **Cortés Hermanos, BARCELONA.**

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLAVES, 12
Camisas, Guantes, Pañuelos.
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

ASOMBROSO REMEDIO PARA LA INDIGESTIÓN

Tomando media cucharadita de Magnesia Bisurada en un poco de agua caliente inmediatamente después de las comidas, ó cuando quiera que se sienta dolor, se obtiene alivio instantáneo. Miles de personas que lo han probado dicen que no hay nada como la Magnesia Bisurada para la indigestión, gastritis, acedia y dispepsia. Adquiera en cualquiera buena farmacia una botella de Magnesia-Bisurada de Ptas. 3,50, y cuide de pedir Magnesia Bisurada, ó sea la clase que ofrece la garantía de quitar el dolor en cinco minutos, reloj en mano, ó de lo contrario se devuelve su importe con sólo pedirlo. La genuina Magnesia Bisurada se vende siempre en frascos de vidrio azul, pues de este modo se conserva por un periodo de tiempo indefinido.

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

**ESTÓMAGO É
INTESTINOS**

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

PROGRAMA AJURIA □ *“Invocación al odio”*



INVOCACIÓN AL ODIO es un drama contemporáneo donde la belleza y la gracia de una mujer amante luchan y vencen para arrancar á la culpable la confesión que ha de devolver la felicidad en su hogar.

Esta hermosa película del Programa *Ajuria* es la sublime creación de la eminente artista norteamericana Paulina Frederick, la que ha producido con su arte más hondas emociones y ha llegado á mayor altura en expresar la intensidad de los sentimientos más opuestos. La ternura y el furor hallan en ella su encarnación real dándonos aquella vibrante sensación de verdad por la magia de su arte soberano. El Programa *Ajuria* nos dió á conocer

algunos de los múltiples aspectos de esta eminente artista en las películas *BELLA DONNA* y *CENIZAS CALIENTES*, ya conocidas del público de Madrid.

INVOCACIÓN AL ODIO que es de la marca Famous Players está presentada con la fidelidad y suntuosa riqueza á que nos tiene acostumbrados en sus películas el Programa *Ajuria*, y, á no dudar, será ésta tan bien acogida y tan aplaudida como lo han sido todas las que forman esta selección maravillosa, prodigio de arte y de buen gusto. Paulina Frederick llega en la interpretación de INVOCACIÓN AL ODIO á las cumbres de la emoción. Tal es el arte de esta artista maravillosa.

PAULINA FREDERICK



Escenas de la emocionante y sensacional película "Invocación al odio", que se estrenará en el Salón Cataluña, de Barcelona, el día 4 del próximo Diciembre, y brevemente en Madrid

La Esfera

Año V.—Núm. 257

30 de Noviembre de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



RETRATO DE MI HIJO
Cuadro de Daniel Vázquez Díaz

TENE DE
BIBLIOTECA
MADRID



DE LA VIDA QUE PASA

LA TÍA PORFIRIA, QUE LO SABIA TODO



TRES veces había venido á Madrid la tía Porfiria. La primera cuando muchacha, en el carro del ordinario, y de aquel viaje, allá por el año de la nanita, sólo recordaba dos cosas: que se mareó en el camino y que al mayoral le sacaron una muela con la punta de un sable en la Plaza Mayor. La segunda, recién casada. La trajo su marido en la yegua y fueron á un parador de la Cava Baja porque no querían nada con la parentela. ¡Qué de tiros, entonces, en Madrid! Los cañones por las calles y la gente corriendo... Al hombre le robaron la saboneta de oro, regalo de boda de la abuela, pero se llevó al pueblo el uniforme de miliciano nacional. ¡Tan contento!

Y esta era la tercera. Había huelga de ferroviarios. Un tren larguísimo que echaba demasiado humo y se paraba cada cinco minutos. Iban conduciéndolo soldados y traían, además de un cargamento enorme de gente de tercera, tropa y Guardia civil. Bajó la tía Porfiria, muy serena, sin aturdirse. Hizo que fueran entregándole su hatillo en un pañuelo, los chorizos, las rosquillas y otro bulto, más misterioso, enfardado y bien cosida la arpillera. Cuando ya estuvo todo en tierra nos saludó.

¡Qué templada era todavía la tía Porfiria! Tenía las arrugas profundas y curtidas como las

otras viejas del pueblo, que parecen de cordobán; los párpados demasiado tiernos; porque también á ella un formidable guerrero, que es la Suerte, se lo había quitado todo, dejándola nada más que los ojos para llorar. Pero las otras viejas no sabían, entre todas, la mitad que la tía Porfiria.

—Hijos míos, no veis vosotros qué milagro tan grande hacemos con vivir. Ahí traemos á un soldadito con un repente, que mañana no verá ya el sol. Dicen que es el calor y el humo de la máquina. Pero es que anda suelto el infierno y ha infernado el mundo, y la toma con los que menos culpa tienen. ¡Ya veréis! ¡Ya veréis!

El nieto lleva ya su gorra de funcionario de Correos, tiene su sueldecito, su novia.

—Abuela. Aquí estamos muy tranquilos. No nos asustamos de nada.

—¡Qué sabéis vosotros! No os asustáis porque no veis nada, pero os asustaréis luego. ¿Qué creéis? ¿Que las guerras sólo son para los demás? Yo le he oído contar á mi padre lo que le contaba mi abuelo que ocurrió en el pueblo cuando la francesada. Los franceses habían cortado la cabeza al rey y vivían en revolución. Y mi abuelo tan tranquilo: —¡Ahí me las den todas!— Los franceses iban contra los portugueses, y mi abuelo: —Gracias á Dios, en casa hay paz. ¡Allá

se las hayan! —Los franceses llegaban á Madrid, y mi abuelo: —Tan pequeño como es este pueblacho, ¿van á venir aquí?— Y un día que llegó á casa, de la labor, se encontró sentado en el poyo de la cocina á un granadero y en las rodillas tenía á mi padre, que era un crío y lloraba. El granadero decía *petí, petí*; pero mi abuelo creyó que le quería matar, y le metió al francés la navaja por el costado. Luego los mozos y él le enterraron en el corral. ¡No venían, no venían!... Llegaron los otros, buscaron y en el corral vieron que asomaba una condenada bota de montar. Entonces fusilaron mucha gente, y yo sé que el abuelo se escapó en un caballo blanco. Vendrá, todo vendrá; y vendrá también la peste, que no hay guerra sin peste y yo lo he oído tantas veces, á viejos que sabían más que vosotros, como pelos blancos tengo en la cabeza.

¡Pobre tía Porfiria! Los chicos se reían de ella, sobre todo el pequeño, que es de Sanidad militar y entiende mucho de desinfección. ¡La peste en el siglo xx! Pero la abuela ya no volverá más. Ha llegado al pueblecito una epidemia que no se llama peste, y la tía Porfiria no ha muerto de muerte natural. Setentona y con muchas penas á cuestas estaba para vivir unos cuantos años todavía.

FOT. GRACIA-LEÓN

LUIS BELLO

MIRANDO AL PASADO

LA SOPA BOBA



MERced de los frailes mendicantes y sustento de la gallofa, era la refacción que á punto de la hora meridional se repartía en los conventos de Madrid. Aquí, donde la tropa maleante sabía condimentar de modo singular la sopa de ajo, habíase dado con el artificio de otra sopa reparadora, que no era la de arroz ni tampoco la de hierbabuena sino la llamada boba, la que consistía en el sobrante de las cocinas monásticas y hasta de las mesas acomodadas; olla castellana que los pícaros vivanderos hubieron de bautizar con necio adjetivo, para perpetuar la ironía de los bellacos de jábega.

Salían los legos muy de mañana, recorriendo las posadas, los mercados y las casas nobles en busca de la limosna que en dinero y especies les daba el vecindario, á fin de preparar el alimento tan necesario para los infinitos pobres que se estacionaban en las puertas de los conventos, sin más amparo que el de Dios y el de los religiosos encargados de la provisión de viveres. Llegaban aquéllos con las alforjas repletas de bastimentos cuando ya toda la hermandad de la pobreza tomaba posiciones en el cotidiano reparto de la sopa boba, poniendo sus miserias y desnudeces á la luz del sol, entreteniéndose en cantar los romances y villancicos, en jugar con el libro de las cuarenta hojas, en armar pelaza y en dejar suelto el bárbaro lenguaje de la *trena*.

Fingiéndose humilde beatitud, los mendigos alargaban los pucheros, las cazuelas y las escudillas en torno de los legos que, con el caldero y el cucharón, abríanse paso con harta dificultad, intentando apaciguar los ánimos y las ansias de los menesterosos con estas ó parecidas palabras:

A DON MIGUEL DE CERVANTES

La Adversidad, maestra de la vida,
en la Universidad de la Experiencia
os doctoró de su sublime ciencia,
de su sublime ciencia no aprendida.

Y porque siempre hubisteis encendida
una antorcha al Ensueño en la conciencia,
al fin de vues:ra sórdida existencia
hallasteis vuestra toga harto raída.

Soledad, desamor, sombra y olvido,
contra lealtad, valor, saber é ingenio...
Tal paradoja vuestra vida ha sido,

que ironizando vuestros propios males,
no sé si ríe, airado, vuestro genio,
ó llora, en carcajadas inmortales...

Juan GONZÁLEZ OLMEDILLA

—¡Orden, orden, hermanos! ¡Callen ó no hay sopa!

Apiñábanse todos y gruñían más que murmuraban, castigando duramente á los «arrimones» que, burlando la buena fe, volvían á ponerse en fila, y á los descontentadizos que á la sopa llamaban bazofia.

Prueba que el gratuito alimento no era tan malo, el hecho de participar de él los muchos estudiantes desertados de las aulas de Alcalá y de Valladolid; los «sopistas» característicos del sombrero de picos y la cuchara de madera; los de la castiza capa ó manteo, bajo el cual escondían la guitarra; los «bedeles» que habían recorrido los mesones pueblerinos sin hallar cosa alguna que comer; los que salieron de sus casas cabalgando en mula y luego recorrían á pie los caminos, viviendo de limosna, contaminándose con la picardía, aprendiendo los trampantojos de los malhechores y hasta sirviendo á los penitentes de las ermitas abandonadas.

Vida libre y andariega, de la que está saturada la clásica literatura de nuestros novelistas. Vida de truhanería, en la que había de aguzar el ingenio cuando no se podía calentar el estómago con la sopa boba. Vida de azar, vida de estudiante de la tuna, que alegraba sus andanzas con la guitarra, y dormía en los pajares, y sufría en los hospitalillos. Estudiante perezoso que se sabía de corrido el romance de *Mazapán y Chicharrón*. Estudiante que alcanzaba alto puesto en la jaca-randaina. Estudiante que se reía del mal de ojo y hablaba de su España como de un prodigio.

ANTONIO VELASCO ZAZO



NUESTRAS VISITAS

“LA ARGENTINA”



CENTRAL: con el 103 de Jordán.

—¿Es el 103?
—Sí, señor.
—¿Tiene la bondad de decirle a la señorita Argentina que se ponga al aparato?
—¿De parte de quién?—inquirió la voz zafia.
—De parte de *El Caballero Audaz*.
—No se retire.
—Perfectamente.

Y permanecí unos instantes con el oído atento. Charlas y risas de las telefonistas, cruces indiscretos, inquietudes del timbre; por fin una voz dulce y chillona que parecía venir desde un abismo.

—¿Quién es?—preguntó.
—¿La señorita Argentina?—pregunté yo al mismo tiempo.

—En el aparato—repuso la voz.
—Aquí la saluda a usted *El Caballero Audaz*, de LA ESFERA, y la pide perdón por haberla molestado; pero...

—Tanto gusto—correspondió la musical vocécita con marcado acento andaluz—. ¿Y qué quiere de mí *El Caballero Audaz*?...

—Después de saludarla, rendidamente, ser su amigo...

—Encantada—me interrumpió.
—Y además—proseguí yo—que me dé usted una cita.

—¿Una cita?...
—Sí, señorita, para que hablemos media hora.
—Vaya usted por el teatro la tarde que guste.

—Perdone; pero preferiría que no fuese en el teatro; deseo que nos dedique usted media hora a Campúa, que le hará lindas fotografías, y a mí, que la molestaré con algunas inocentes preguntas; todo junto se publicará en LA ESFERA.

—¡Oh!...—se limitó a contestar la voz.

¿Fue una exclamación de horror, de modestia, de inquietud, de disgusto?... Quise saberlo.

—¿Y a qué obedece esa exclamación? ¿Le contraría a usted nuestro proyecto?...

—No... no... Es que dispongo de tan poco tiempo...

—Podríamos vernos en el Retiro... ¿Usted es madrugadora?...

—Sí, señor.
—Pues, mañana a las doce, ¿no?
—El caso es que mañana tengo ensayo a las dos y...

—Pues bien; pasado mañana...
—Como es domingo...
Comprendí por las excusas que a la señorita Argentina no le agradaba la idea, y sinceramente la dije:

—Observo, Antonia, que no le parece bien mi proposición. Olvídela y... beso sus pies.

—¡Oh!, no, no es eso... Es...
—¿Qué?... Sea usted sincera; no comencemos nuestra amistad equivocándonos.

—Pues mire usted, señor Audaz, es que le tengo un miedo horrible; todo lo que le he dicho son achaques; ni mañana tengo ensayo, ni el domingo es un inconveniente; pero le tengo miedo, verdadero pánico. Desde que se ha anunciado por teléfono estoy inquieta.

Yo reía.
—Sí, sí, reía; pero es usted un demonio.

—Y usted un ángel.
—Muchas gracias.

—Sí, un ángel—continué—; bastante más peligroso y más temible que yo. Mi pluma alguna vez habrá inquietado un momento; seguro estoy de que sus ojos inquietan a muchos durante toda la vida.

—No lo crea, soy muy feíta, y sinceramente deseo que me haga usted esa interviú, pero...

—Pero, ¿qué?...
—Me aterra la idea de que me trate usted mal.

—¡Por Dios, Antonia!—protesté—. ¿A qué dama he molestado yo en mis interviús?... A ninguna, jamás... Y a usted que la admiro y que merece todos mis homenajes, mucho menos.

—¿Sí? Entonces ¿será usted bueno conmigo?...

—Muy bueno.
—Pues entonces mañana, a las doce y media, espéreme usted en el Retiro, frente a la Casa de Fieras... El sitio es muy a propósito porque usted es una fierecilla...



ANTONIA MERCÉ, “LA ARGENTINA” FOT. CALVACHE

—Pues hasta mañana. Tengo verdadera impaciencia por besar su mano.

—Pues sea usted puntual. Muchas gracias... Adiós.
—A los pies de usted, Antonia.

ooo

A la diáfana luz de aquella mañana dorada y cálida—mañana de primavera en vez de otoño—la tez de *La Argentina* tenía transparencias de ópalo, y sus grandes ojos, soñadores y risueños, reflejos azules, dorados y verdes. Reía también, con su boca grande y fresca, de labios finos, sangrientos y sensuales, mostrando con inconsciente provocación sus dientes apiñaditos y blanquísimos como una joya de alabastro. ¿Es una mujer bella *La Argentina*? Contemplando de cerca sus pupilas verdes, sus cabellos color de caoba y la extraordinaria elegancia de su figura frágil, delicada, sutil, espiritual y un poco encantado de sus gracias singulares, me he hecho esta segunda pregunta: ¿Por qué a cada instante y ante cada nueva creación tenemos que modificar el sentido que tenemos de la belleza femenina?

A mí, Antonia Mercé, me parece una belleza original, alta, delgada y quebradiza. Posee esa suprema distinción que en el frívolo lenguaje de los salones se califica de *chic*. Parece una de esas evocaciones fantásticas de los ensueños de los paraísos artificiales; la abstracción de un pintor infiltrado por una mezcla de paganismo y misticismo.

Estaba vestida con un elegante traje de terciopelo negro que ceñía implacable y dulcemente la esbeltez un poco fatigada, algo desmayada de su figura hebrea y que hacía resaltar más la blancura translúcida de rosa de su descote.

Me entregó su mano, larga, fina y muy pálida, y después me presentó al caballero que la acompañaba...

—Mi marido...
Quedó un momento suspensa la conversación, durante el cual nos miramos atentamente. Era un hombre joven y correcto, argentino por su acento; un poco cegado por los encantos de la danzarina hechicera.

—Por mi gusto no hubiera venido a esta entrevista—comenzó diciéndome.

—¿Por qué?—inquirí yo sorprendido.

—Porque usted como periodista es un hombre peligroso...

—¿Peligroso? ¿En qué sentido?...

—Que ve usted muchas cosas que no debiera ver.

—¡Bah! No lo crea usted—. Y volviéndome a la artista, le pregunté:

—¿Conque casada?...

—Sí, señor; ¿no lo sabía usted?
—Sí; pero no lo creía.

—¿Por qué?
—Porque yo entiendo que los artistas no deben casarse.

—Y ¿qué tiene que ver el arte con la vida íntima?

—Mucho. Todo. El público quiere a sus ídolos predilectos solteros, libres; así se figura que son más suyos.

—¡Pseh! Tal vez...
—Pongamos el ejemplo de usted. Su casamiento seguramente habrá defraudado a miles de espectadores. A éstos su casamiento les ha robado algo que era de ellos.

—¿El qué?
—Lo más bonito que hay bajo las estrellas: una ilusión.

—Bueno, bueno, yo no estoy conforme con eso, pero le ruego una cosa.

—¿El qué?
—Que no hable para nada de mi casamiento.

—Algo, poquito—repuse yo.
—Mire usted que nos enfadamos—me amenazó con un gesto muy hechicero.

—¿Y qué importa? Si enfadada está usted más bonita.

—No, no, pues no quiero. Sea usted bueno.
—Muy bien, perfectamente, señorita... digo, señora.

—No, no—me interrumpió rápida—me gusta que me llamen señorita.

—Perdone, pero es incompatible con su estado. ¿Y cuánto tiempo lleva usted casada?

—Tres años. El mismo día de mi *début* en Buenos Aires conocí a mi marido.

—¿Y qué más?
—Pues nada más; que me flechó y le fleché, y al mes y veinticuatro días nos casábamos.

—¿Y no están ustedes arrepentidos?
—No, señor—contestó ella con monería—; nos queremos mucho.

—Pero yo leí que se había usted retirado del teatro.
—Sí, en efecto; estuve tres meses sin trabajar, pero me moría sin arte: lo necesito para el alma y para el cuerpo.
—¿Cómo para el cuerpo?
Intervino el marido.

—Es muy artrítica, y en cuanto hace vida de quietud la asaltan fuertes dolores.

—Entonces, Antonia, ahora mismo, ¿es usted feliz?

—Sí, señor; felicísima. Trabajo en este Madrid de mi alma.

—Pero, usted, ¿es de aquí?

—No, señor; nací en Buenos Aires; pero soy muy madrileña.

Su rostro, saladísimo, se inundaba de alegría.

—Vine a Madrid—prosiguió— de seis años. Nos instalamos en la castiza calle del Olmo, en un pisito que nos costaba diez duros. ¡Más rico el pisito! ¡Más majo! Todo el exterior. Tenía más balcones que el Palacio Real. ¿Ve usted que ahora vivo en una casa de diez mil pesetas? Pues recuerdo con cariño aquel pisito, escenario de todas las primeras emociones de mi vida.

—¿Desde qué edad comenzó usted a cultivar el baile?

—¡Pobre de mí!— suspiró por el esfuerzo y la lejanía—. Desde la edad de cinco años bailaba el «Ole» y las «Peteneras».

—¿Quién la enseñaba?

—Mis padres, que eran profesores de baile y me llevaban por ahí, para lucirme, a todas partes, y después de bailar, mi madre me estrujaba con caricias: «¡Huy mi niña!»

Reía como una chiquilla traviesa.

—¿Recuerda usted cuándo fué la primera vez que bailó en público?

—Sí, señor; lo recuerdo como si fuera ahora mismo; hay cosas que quedan para siempre en el alma. Cuando la coronación del Rey, en las funciones regias del Real fué la primera vez que yo pisé un escenario; tenía nueve años; por ahí puede usted sacar la edad que tengo ahora. Soy viejecilla; gracias al carmín y a las cremas, consigue una dar el timo.

—¿Y la aplaudió mucho el público?

—Mucho; tanto, que aquellas palmas me dieron velocidad para llegar a donde estoy. Mi especialidad entonces era el baile de punta, que en cuanto pude eliminé de mi repertorio.

—¿Por qué?

—Me gusta más el baile de movimientos de expresión de línea.

—¿Era usted bonita cuando pequeña?

Soltó una sonora carcajada que asustó a una bandada de gorriones que había cerca.

—Mire usted: cuando debuté en Romea, á los catorce años, era un mono; lo que se llama un mono; muchísimo más fea de lo que soy ahora.

—¿Pero ahora es usted fea?—la interrumpo, sinceramente extrañado.

—Un poco largo—asegura, burlona.

—Pues yo pienso asegurar que es usted bonita.

—No diga eso, porque se van á burlar de usted... Diga que soy simpática... simpaticuilla.

—Muy bien, simpática Antonia; siga usted.

—Y nada más; que era muy negra, muy desnutrida y muy larga; pero le advierto á usted que bailaba... como los ángeles. Sabía de eso más que nadie.

—¿Y ganaba usted...?

—Tres cincuenta diarias, y los domingos me hacía diez y siete secciones. Era *telonera*; vamos, de las que levantan el telón.

—Y en su casa, ¿estaban de acuerdo con que se dedicase usted al teatro?

—¡Qué remedio! Cuando yo me agarré al arte es porque no teníamos qué comer. Mi padre se había quedado paralítico. Yo tenía una gran voz de contralto, y en casa querían que me dedicara á la ópera; pero la necesidad me empujó por otro camino. No podíamos esperar.

—Entonces ¿ha pasado usted fatiguitas?

—¡Uf!—salió con un gesto de horror.

—¿Cuál ha sido la alegría mayor de su vida? Meditó, y...

—Pues mi alegría mayor fué una vez estando en Romea. Había allí una muchacha que bailaba muy bien y quería llevarse al público, á mi público. Yo, que tenía un amor propio descompasado, pensaba la manera de «darle un baño». Bueno. Su especialidad era un bolero trenzado y difícilísimo que gustaba extraordinariamente. Entonces yo, una noche salí detrás de ella y bailé aquel bolero y me llevé al público de calle. Levanté á la gente de las butacas. Cuando, cantando y sal-

mundial y trabajé en Londres, Montecarlo, Niza, Rusia, América.

—¿Dónde cobró usted el mayor sueldo?

—El Gran Casino de Montecarlo me daba mil pesetas por representación. La guerra me cogió en Moscú, y tardé en llegar á París veinticinco días, corriendo dos peligros mortales.

—¿Y fueron?

—Primero nos cogieron prisioneros los alemanes, y á mí, después de muchos sufrimientos, gracias á mi nacionalidad, me soltaron, y después estuvimos á punto de naufragar.

—¿Cuál es el día más triste que hay en su vida?

—Fué en Barcelona, cuando empezaba. Por la maldad de una compañera me echaron del teatro en donde trabajaba, y pasé dos días sin comer; pero como Dios protege, fui á otro teatro ganando un duro más.

—¿En dónde trabaja usted más á gusto?

—En Madrid y en Nueva York; sobre todo en Madrid; no lo puedo remediar.

—¿Qué es lo que más le inquieta de la vida?

—Me da mucho miedo morir; pero no quiero llegar á vieja.

—¿Tiene usted mal genio?

Hizo un mohín encantador, y después, enseñándome sus manos como garras de nácar, murmuró:

—Tengo fama de sacar las uñas, de tener mal carácter; pero es porque digo lo que siento y me quedo tan tranquila.

—¿Cuál es su vicio más acentuado?

—No tengo vicios. Ser muy casera; ya ve usted, me llama mi marido la hormigueta.

—¿Es usted romántica?

—No con exceso.

—¿Qué ilusiones acaricia usted para el porvenir?

—¡Oh, muchas! Cada día asoma en una cabeza joven el tallo de una ilusión.

—Dígame usted la que más brilla en su cerebro; ¿tener un hijo?

—Sí, me gustaría; pero todavía no. No se ría usted, que me escamo y no le digo una palabra más. Mi marido es viudo y tiene una hija, y á mí me gustaría tener otra; es cuestión de amor propio.

—¿No la inquieta la idea de morir pobre?

—Antes de casarme, sí; ahora, no; porque

si yo me inutilizara, la fortuna de mi marido es suficiente para vivir bien.

—¿Qué idiomas habla usted?

—Francés, inglés... y madrileño.

Y soltó otra carcajada.

—¿Cuál es la artista de su género que más le gusta?

—*La Bilbainita*; para mi gusto es la más completa y la que se entrega al arte con más amor.

—¿Cuál es su literato preferido?

—No leo mucho.

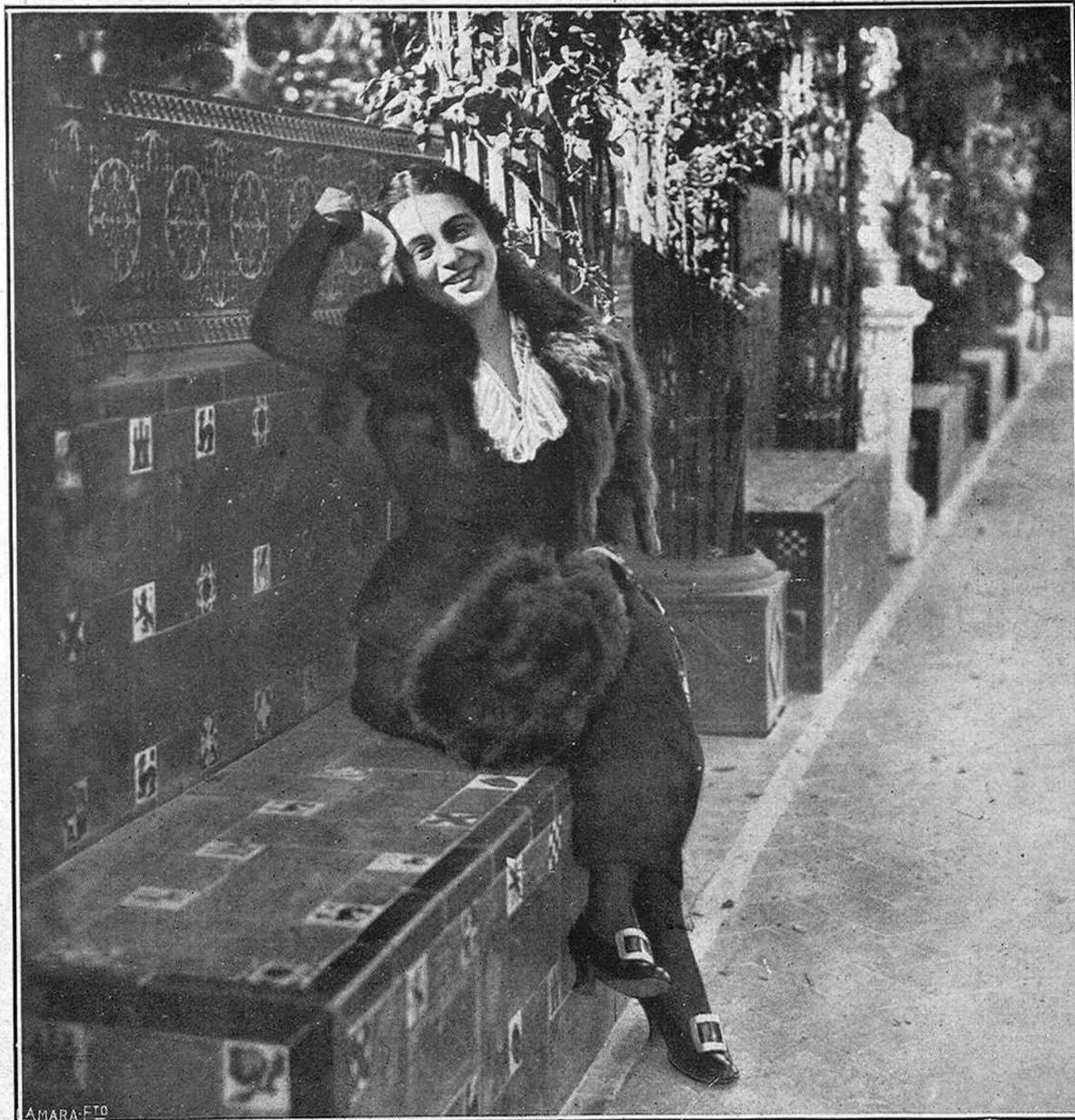
—Eso no está bien que lo digamos.

—Sí, señor; ¿por qué no?

—¿Y su pintor favorito?

—Zuloaga.

Callamos. Las hojas amarillas de los árboles se quejaban bajo nuestros pies. El largo y asfaltado paseo de coches, iluminado por aquel sol primaveral, parecía una enorme pizarra blanca. Una pareja amorosa se perdía por entre los árboles. Pasaba una berlina lentamente arrastrada por dos mulitas; en el fondo, un matrimonio viejo moriase de aburrimiento. De vez en cuando rugía el león.—EL CABALLERO AUDAZ.



“La Argentina” en el paseo de coches del Retiro

FOT. CAMPÚA

tando de alegría, entré por el escenario, mi compañera, que tantas noches me había quitado el sueño, lloraba apoyada sobre un bastidor. ¡Pobrecilla! ¿Dónde estará ahora? ¿Qué habrá sido de ella? ¡Quién pudiera devolverle el éxito de aquel bolero! ¡Crueledades de la vida!

Y tras estas últimas palabras se quedó triste y pensativa.

—Y su nombre, ¿cuándo empezó á sonar?

—En 1908. Debuté en el Príncipe Alfonso y después en el Salón Madrid. Allí ya era estrella. Después, á París contratada; no á dar audiciones, sino á trabajar en escenario.

—¿Con qué sueldo?

—Pues hice un negocio malo; estaba ganando aquí treinta y seis duros diarios y me contrataron con treinta francos en El Jardín de París; pero yo tenía unos deseos enormes de asomarme como artista al Extranjero.

—¿Y gustó usted?

—Extraordinariamente; después trabajé en Alhambra y Olimpia con veinte duros, que era el máximo que en París ganaba, en aquella época, una artista de este género. Y adquirí cartel

LA MUJER DE LA LINDA SONRISA

CANSADO de ir y venir por los pueblos en que hay antigüedades maravillosas y obras de arte inmortales, quise ir a una villa en la que no existiese cosa alguna memorable. Allí descansarí mi sensibilidad estética, en el tedio de los muros sin viejas memorias, de las plazas sin leyendas, sin el ambiente de pretensas sublimidades. El tren me dejó a pocas leguas de Polvoría, y desde la estación me trasladé al fin de mi expedición en una tartana sucia, de la que tiraba un desvencijado cuártao, lleno de mataduras y digno de competir con el caballo de Gonela, que fué en la Historia la anatomía equina, sin adornos de carne ni gentilezas de paso cadencioso.

Apenas me reposé en la fonda, contraí relación con un literato local; porque es sabido que en contadísimos pueblos españoles se venden libros, pero en todos hay alguien que se juzga capaz de escribirlos. Y este colega intentó convencerme de que Polvoría era, poco más ó menos, una Atenas inesperada, una saturación de idealidad grandiosa. Como a todos los avances del «ciceroné» opuse yo las debidas advertencias, con lo que él se enteró de que yo sabía la verdad y estaba cierto de que allí no ocurrió nunca suceso memorable, ni nació varón eminente, ni se dieron batallas, ni se realizó otra función que la fisiológica, inevitable, de amar vulgarmente y digerir con prosaica ventura, dióse, a la postre, por vencido. Pero cuando yo imponía mi criterio histórico sobre Polvoría, el literato de campanario me sorprendió con una revelación, y apenas comenzó a exponerla, quedé sujeto en los lazos de la curiosidad. Porque mi interlocutor me dijo:

—Aquí tenemos algo maravilloso. Una mujer. Ni es tan rica que por su fortuna inspire la atención, ni tan pobre que su virtud probada le pueda servir de pedestal. Tampoco es de antiguo linaje ni de familia influyente. Y, sin embargo, esa mujer constituye un caso curiosísimo.

—Es muy bella, sin duda—exclamé.

—Tampoco. Y ahí está el prodigio. Sus ojos son regulares; su nariz, regular...

—Vamos, es lo que se escribía antes en las cédulas personales, y todavía se estampa en los edictos de los Juzgados cuando se requiere la busca y captura de un autor de delitos.

—Así es. Pero esa mujer, que se llama Jenara Dueñas, tiene un mérito inverosímil y único... Tiene la sonrisa... Una sonrisa como no hay otra, como no la ha habido nunca en faz femenina. A pesar de que mis conterráneos son un poco cerrados de mollera y un mucho ignorantes, han sabido apreciar el fenómeno en su valor y han aceptado la frase de un soneto mío, soneto en que destaqué a la maravillosa convecina, denominándola: «La mujer de la linda sonrisa.»

—Ruégole que detalle ese fenómeno, no vaya a ser como las ruinas del convento de los Camaldulenses, que me quiso colar por restos de un alcázar de los Templarios.

—Para que usted juzgue, lo mejor será que vea a Jenara Dueñas. Bastará un segundo de contemplación. Y no será necesario que yo me moleste en el extraño panegírico.

Y aquella misma tarde me llevó el poeta de Polvoría, que parecía un gentil personaje de los Quintero, al paseo de la villa, y allí me mostró, desde lejos, a una señorita que había vencido la edad juvenil, vestida sin elegancia, tocada con un sombrero de los que las modistas inventan para agraviar a los que se los compran; y esta señorita iba en compañía de su señor padre y de



un hermano, ya mayor, y los tres marchaban por la glorieta, mientras la banda municipal ejecutaba cierto programa, en el que andaban a cachetes Barbieri y Wagner. Al cruzar con la señorita me fijé en su rostro. Parecióme vulgar: la nariz, harto larga; los ojos, insignificantes; la frente, estrecha; las mejillas, demasiado redondas y gorduzuelas, y el andar, desprovisto de gallardía.

—Supongo —me dijo mi acompañante— que opinará usted ahora lo que cuantos han visto a Jenara, como la ha visto usted.

—En efecto. Parece simpática; ha de ser inteligente, modesta y virtuosa... Y eso es mucho, pero lo de la sonrisa a lo Vinci...

—He pedido autorización al padre de Jenara para que esta noche vayamos a su casa. Espere la ocasión para juzgar.

Esperé. Y a las nueve de aquella noche fui conducido al domicilio de los Dueñas, que no era suntuoso verdaderamente, pero sí decente y discreto. Y cuando el poeta me presentó a Jenara, ésta me dijo:

—Supongo, a lo que viene usted... A verme

sonreír... Es, según afirman, mi especialidad. Un gesto. Sólo soy un gesto. Poca cosa. Triste y efímera cosa. Bella no lo soy. Mas si sonrío...

Y al pronunciar estas palabras sonrió Jenara. Se reía de sí misma, se ponía en defensa contra la ridiculez de los elogios locales. Tal vez se elevaba sobre el ambiente de Polvoría, anticipándose a un comentario burlesco.

... Pero había sonreído. Y eso bastó. Jamás supuse que un mohín de los labios, un entornarse de los párpados, una muequecilla donosa de los carrillitos, en los que aparecían dos hoyuelos palpitantes y estremecidos, nidos de júbilo, que amenazaban con desvanecerse, pudieran producir efecto semejante. Si no hubiera sido descortés y de mal gusto, yo hubiera suplicado a Jenara que siguiera sonriendo.

Mas no fué preciso, porque ella sonrió mientras hablaba, sin que ello pudiera ser estimado como anhelo de agradar ni de lucir el don prodigioso de la sonrisa. Por ser una calidad genial del rostro de Jenara, la sonrisa florecía abundante, como el chorro de la fuente pródiga, como el perfume de la rosaeda, sin que fuera necesario que el tema del diálogo impusiera el sonreír.

Y entonces todas las facciones de la muchacha se componían en un arpegio sublime. Nunca he visto nada que se parezca a esta gracia suma, a este elegante y sugestivo vibrar de músculos y nervios, de resplandores que surgían de las pupilas, irradiantes entonces de misterioso fuego. Diríase que el rostro de Jenara, todo él, adquiría un encanto mágico, superior a los mayores asombros de la coquetería... Porque en Jenara la sonrisa no era arte aprendido, sino espontaneidad. Como el risueño canta, sonreía la hija de Dueñas.

Dijéronme que al interrumpirse en el semblante de Jenara la aureola risueña, sobrevénia rápidamente el desencanto, porque entonces aparecía la realidad de un conjunto desgraciado. Aquella mujer era encantadora, irresistiblemente sugestiva, en la sonrisa, y luego se trocaba en tipo común de hembra sin atractivos. Aguardé el instante de la mutación, como había esperado el de conocer a la misteriosa señorita.

Pero ella sonreía siempre, con motivo, sin motivo, por lo que se decía, por lo que pensaba que iba a decirse. Supuse que Jenara ostentaba su sonrisa como una careta, y lo que había en ello de histrionismo me enojó. Pero, de improviso, la singular sonriente, que me miraba estudiando en mi rostro las impresiones, dejó de sonreír...

... Fué una amargura. El sol se había hundido en el horizonte, sin crepúsculo, sin degradaciones de la luz. Y Jenara apareció ante mi curiosidad observadora con la desproporción de su semblante, con el desequilibrio de sus facciones. Fea, no. Bella, tampoco. Pero, ausente la sonrisa, la mujer había desaparecido.

Y Jenara me dijo, en un momento en que estuvimos solos:

—Llévese usted, viajero inquiridor, el recuerdo de mi sonreír. Y olvide la faz triste con que ahora me contempla, un tanto amargado. Y sepa que «la señorita de la linda sonrisa», como escribió el poeta cursi de mi aldea, tiene su corazón enfermo de desengaños. Yo sonrío, porque eso es un tema de admiración para mi lugarejo. Pero ¡cuánto dolor bajo la máscara!

J. ORTEGA MUNILLA

DIBUJOS DE PENAGOS



PARA LOS OJOS CLAROS DE LA DESCONOCIDA



A UNA SEÑORITA QUE TIENE UN ÁLBUM

Donen las realidades tan profunda tristeza,
en el ideal camino que andan los soñadores,
que sólo las espinas cogemos de las flores,
y sólo la amargura que tiene la belleza.

Nuestra ilusión inquieta no halla nunca reposo,
y si soñamos locos de ardor y de idealismo,
nos despierta, en la venta de amor, el presajismo
de la cruel Dulceinea que hay en nuestro Toboso.



Por eso nunca amamos aquello que tocamos,
porque lo bello es eso que nunca tropezamos
en el largo sendero de nuestra mala vida.

Por eso á ti, ignorada, mi admiración someto,
en los alexandrinos de este pobre soneto
para los ojos claros de la desconocida.

Felipe SASSONE

DIBUJO DE OCHOA

DIVAGACIONES ARQUEOLÓGICO-SENTIMENTALES
EL SANTUARIO IBÉRICO DE DESPEÑAPERROS

Si fué interesante la actuación de los arqueólogos señores Calvo y Cabré en su primera campaña de exploración, meditada y serena, en las duras tierras de *Collado de los jardines*, dependientes de *Santa Elena*, bajo el cielo azul y la vida jugosa de la provincia de Jaén, más interesante todavía y otorgadora de más amplios y bellos documentos de la civilización y la cultura ibérica ha sido esta segunda campaña que nos vamos a permitir glosar.

En esta ocasión los ilustres excavadores se quejan, y con justicia sobrada, de esa plaga, de esa verdadera *langosta* que padecemos todos los excavadores hispanos, informada por el egoísmo indocto y frustrado de unos, la incultura de otros y el abandono de aquéllos. Y... aquéllos son las autoridades locales de los pueblos en cuyos términos hay que excavar... Los señores Calvo y Cabré han sido víctimas de la más absurda avaricia campesina.

Se enteraron los vecinos de los pueblos próximos al lugar de sus trabajos, *de que aquellos muñecos que sacaban valían buenas perras*, y cuando los exploradores dieron por terminada su campaña primera, en nutridos grupos, y sin que nadie se lo estorbase, comenzaron, un día y otro, a excavar, *científicamente*, en el santuario y sus predios, sacando numerosos idolillos, ex votos y *dioses metálicos* que vendían á bajo precio á personas exóticas y á agentes suyos, que inmediatamente hacían desaparecer los objetos.

Enterados los comisionados de la excavación reclamaron y protestaron reiteradamente sin obtener ningún resultado positivo, pues los pocos objetos fraudulentamente extraídos que

han recuperado ha sido debido á su iniciativa y molestia particular. Y no sabemos que sanción ninguna se haya impuesto á los obstinados contraventores de la *ley de excavaciones*.

ooo

Lo más lamentable con la desaparición de los ex votos, etc., etc., conseguido, es la falta de documentación por ellos producida para un completo y sistemático escalonamiento artístico y cronológico del tesoro arqueológico de *Despeñaperros*, aunque lo recuperado y la pericia y erudición de los afortunados exploradores pueda suplir la falta.

Los Sres. Calvo y Cabré, en sus averiguaciones, en las meditaciones sugeridas por los hallazgos efectuados en esta segunda campaña, han encontrado afirmación para algunas de sus deducciones y rectificación para otras, como se verá más adelante.

Se ha excavado plenamente el yacimiento encontrando en sus franjas centrales hasta 800 ex votos, hallándose com-

pletos los muros del edificio, cuya aparición se inició en la campaña primera.

Hacia la parte alta del santuario, en sus mismos límites, han explorado una ciudad ibérica, interesantísima por su arte y por su industria (á la que habremos de dedicar un artículo).

En el curso de las averiguaciones encontraron una gran *terrazza*, obra de hombre, hecha con rellenos de grandes piedras. Hallaron, también, los restos de otro edificio anterior al citado primeramente, y seguro construido con los restos del primario. Sus bases y disposiciones nos recuerdan al santuario de *Castellar de Santisteban*, siendo su época presumible la del v siglo antes de J. C. El apogeo del de *Despeñaperros* fué quizá en el siglo iv anterior á nuestra Era; su vida y su desarrollo fué célebre como la de los santuarios de Ródena, Peloponeso, Creta y Olimpia; acaso su fama y fundamento se debió á un manantial de aguas medicinales, como ocurría con la generalidad de los santuarios (hoy se ve uno próximo á éste). En esa época de esplendor los ex votos de nuestro yacimiento tuvieron una señalada influencia oriental, importada, quizá, por los mineros cartagineses; además, en algu-

pliar la meseta central y levantar otro edificio, encontrándose en las ruinas de éste cerámica *aretina*.

Luego... en el siglo iii de nuestra Era, fué arrasado indudablemente. Y la catástrofe debió producirse violenta, con furia inaudita, *obra de misteriosos y enloquecidos titanes*, como dicen los excavadores... Y, en las enormes ruinas, se ven baldosas de pizarra lisa, cerámica romana, saguntina; tejas, lucernas, hierros, monedas del Bajo Imperio, hasta de Constantino II, y algunas armas de un tipo semejante al de la *Tene...*

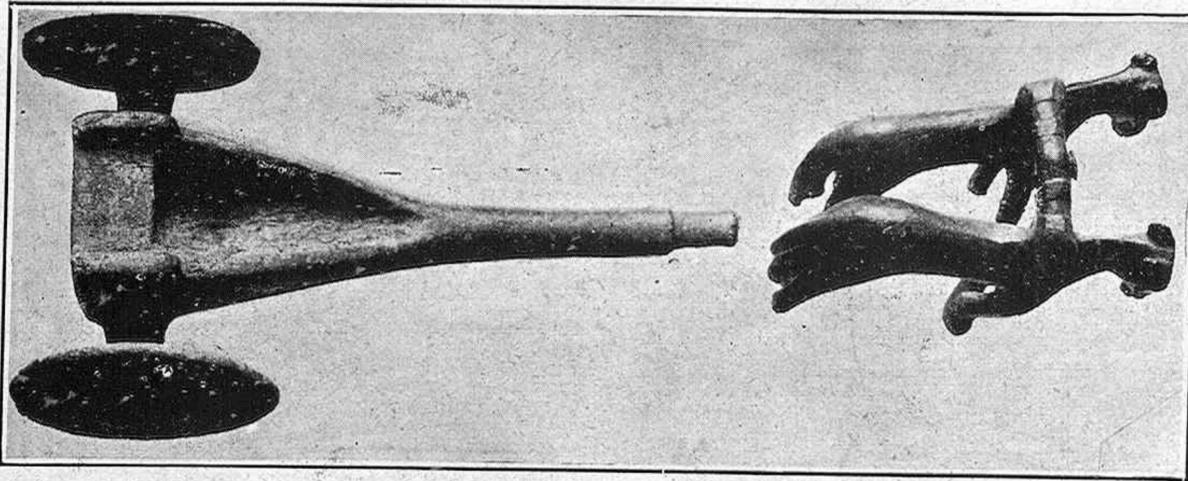
ooo

¿Cómo fué el santuario de *Despeñaperros*? ¿Qué culto se verificó en él?...

He aquí que en varios puntos estamos en absoluto en desacuerdo con los excavadores, y eso que nos atenemos esencialmente á las noticias é ilustraciones por ellos suministradas.

Conformes en que los ex votos se colocaban en las grietas del terreno para librarlos de la profanación, después de haber sido depositados durante el tiempo sacro en el ara iniciática. Conformes en que el *edificio* no sea la *parte esencial* en los antiguos santuarios; en que podía ser dedicado á menesteres del culto, refugio de peregrinos, ó vivienda de los sacerdotes ó *amautas* encargados del santuario. Pero absolutamente en desacuerdo con la misión augusta de primaria categoría que le dan al bosque, con perjuicio de la cueva, ipues está probadísimo, y es notorio para el menos curioso de estos estudios, que el bosque, donde había cueva, era sólo un complemento, un lugar sereno de meditación, de que se rodeaba á los santuarios como después se ha venido sucediendo en monasterios, conventos y mansiones comunales de todas las religiones!...

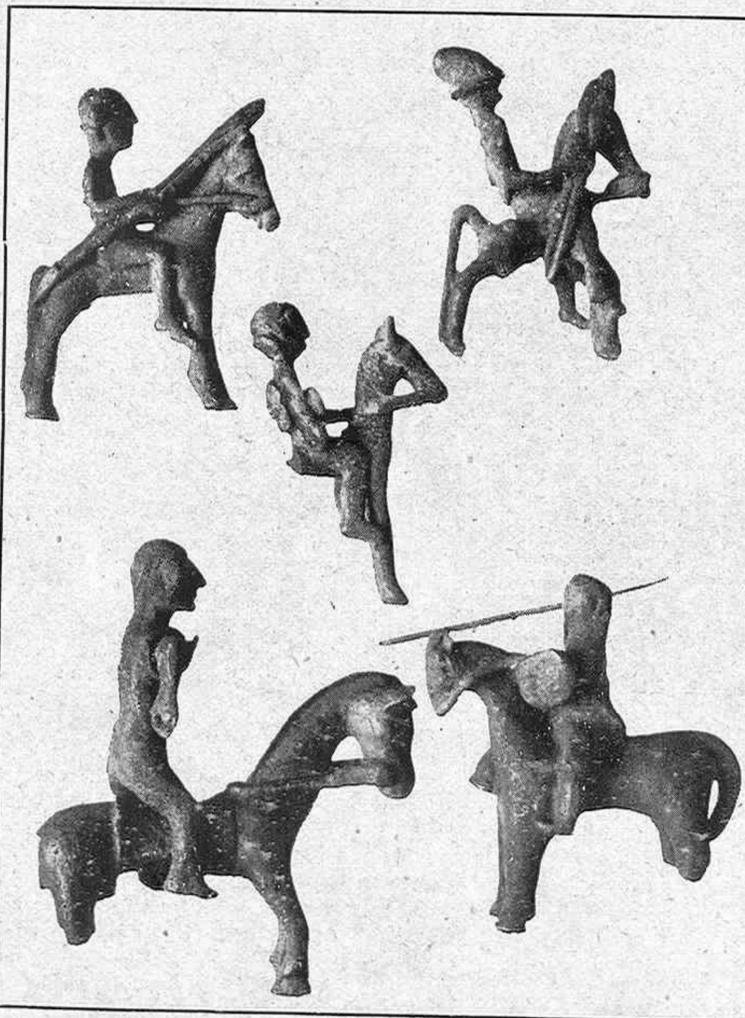
Lo indudable es que la cueva constituía el verdadero lugar sagrado, el *santuario*, la parte que pudiéramos llamar *claustral*, y ahí tenemos sus derivados bien prístinos y clasificados en las *cellas* ó *favissas* de los templos romanos, en las *catacumbas* y en las *criptas* de las basílicas cristianas... ¿Cómo negar esto, Sr. Cabré?...



Carro y yunta



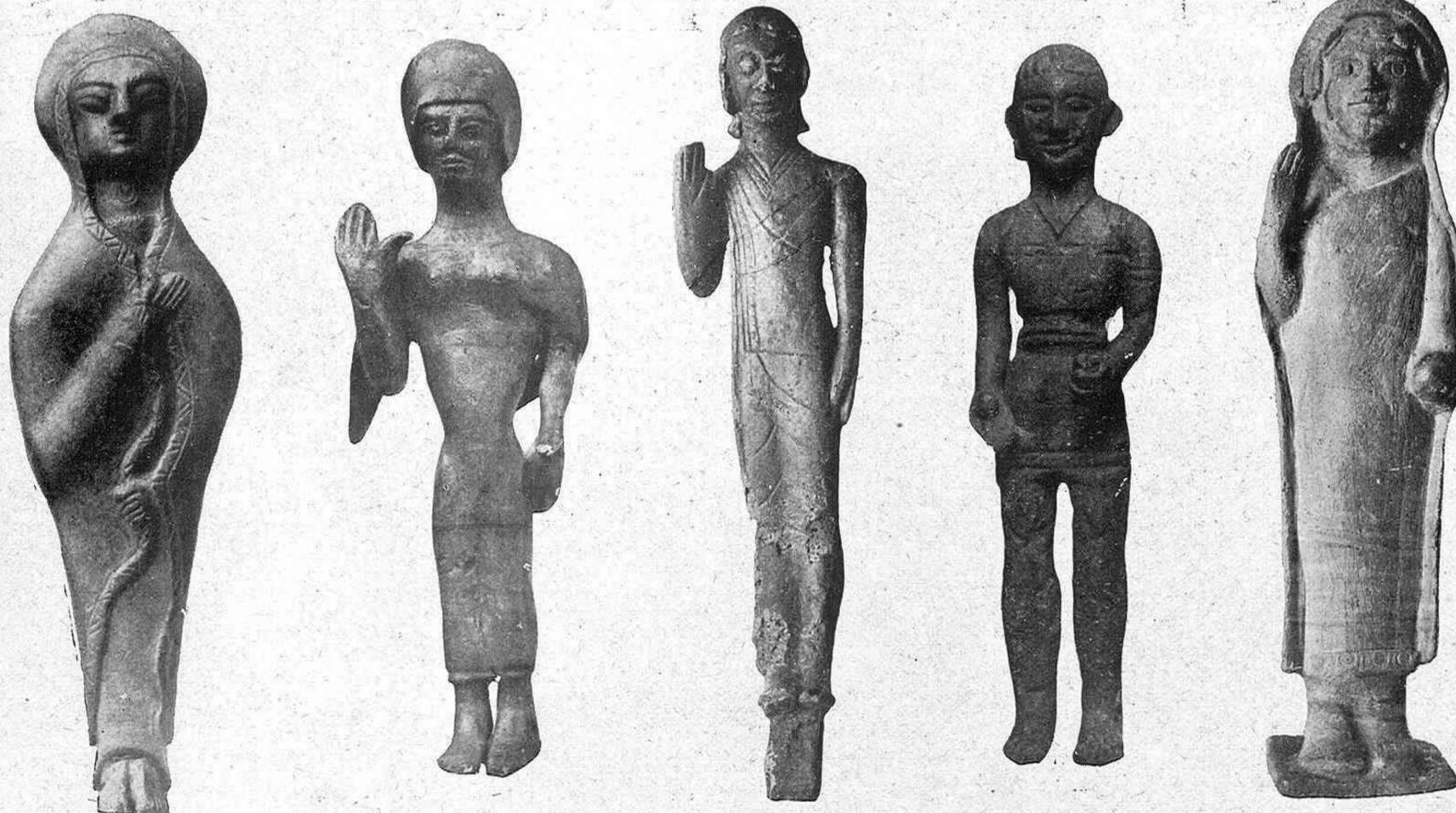
Figura femenina orante



Guerreros á caballo, con armas



Figura femenina orante



Figuras halladas en el santuario ibérico de Despeñaperros

Las cuevas son al *munao superior* lo que la matriz al sér que ha de nacer de ella; de ahí su anterioridad indudable á todo santuario, y más, á todo bosque sagrado. En los *Cuatro Soles Mexicanos* se salva la humana pareja refugiada en una cueva-matriz.

Y de la cueva ó pirámide—donde no había cueva—se pasó al templo—á base de la cueva *sibilina*—empezando el culto en las alturas; y para ahuyentar á los espíritus maléficos se las rodeó de bosques sagrados, siempre muy peligrosos, pues ellos, con la degradación del sexo, contuvieron los gérmenes del *vergel babilónico*. ¿No les dicen nada los *pipales* é higueras del Galileo...? ¿Ni el culto de los samaritanos—ó *sama-arianos*—en las alturas, ni el de los hebreos en Jerusalén...? (Conforme á esto habla el mágico Roso de Luna.)

Para nosotros, pues, es indudable la prioridad esencial de la cueva y su constante dominio como santuario.

Queda ahora la otra cuestión interesantísima: ¿Qué culto se dió en *Despeñaperros*...?

ooo

Los excavadores, en su luminoso informe oficial, vacilan al hablar del culto dado en *Despeñaperros* y de la divinidad que pudo ser propicia... Nos hablan de *Melkart* (rey de la ciudad), y partiendo de que fué el gran dios fenicio, del fervor que se le tuvo en Tiro y de la adoración de que gozó en Gades y en Cartago, interrogando, pensando en la verosimilitud de que fuese el dios de *Despeñaperros*, dejan la cuestión pendiente de posibles investigaciones históricas que aclaren el misterio...

Para nosotros la duda respecto á si *Melkart* pudo ser la divinidad propicia en *Despeñaperros* no está en los mismos puntos de vista que los que adoptan los Sres. Calvo y Cabré, á quienes creemos en absoluto equivocados, si es que la opinión es por los dos ilustres arqueólogos compartida.

Parten de un error, bien echado abajo por las investigaciones geográficas y arqueológicas, desde Estrabón y Herodoto hasta nuestros días, pasando Pherecidas, Rufo-Ferto, Cneo-Plinio *Ephoro*, Humbolt, Hernán de Illanes, Marineo Sículo, Garibay, etc., etc.

Melkart es un dios genuinamente fenicio, y hasta que éstos conquistaron Cádiz no fué adorado por los gaderitanos. El dios adorado por los isleños de Gades, y podemos decir por todos los del litoral de Iberia, aun donde había colonizados exóticos, era otro Hércules que el fenicio. *Melkart*, era Tubal ó Tobel el Hércules genuinamente ibérico que fué comprendido con Gerión y

con su bello mito. Y éste, héroe más que dios, Tubal ó Tobel, en cuya historia hay raíces bíblicas, fué el que, quizá, en una época muy anterior á veinte siglos antes de J. C., era fervientemente adorado por los iberos.

Según Estrabón, el Hércules ibérico es muy anterior aun á la colonización tyria, llamado *Mación*, que en lybio significaba *Hércules*, simbolizado por un toro en memoria á su triunfo sobre los hijos de *Chrisaor*, pastores de Eaythia, de cuyos rebaños se apoderaron. Este dios pobló parte de Africa con tribus asiáticas, pasando á



Guerreros con armas

España por la campaña italiana; fué, pues, según todas las opiniones, el Thobel que los egipcios llamaron Span el ibérico, en suma.

¿Es, después de todo esto, aventurado suponer que de prodigarse culto en *Despeñaperros* á Hércules no fué á *Melkart* sino á Thobel...? Creemos que no, y al juicio del lector entregamos sencillamente nuestras opiniones.

Los excavadores, siguiendo el curso de las posibilidades de culto en el gran santuario de *Collado de los jardines*, nos dejan adivinar su creencia de que pudieron también ser á él propicios los llamados *dioses metálicos* ó *metalúrgicos*, en gracia á su carácter de deidades mineras adoradas en aquellos subsuelos que constituyeron célebres explotaciones de minería en la antigüedad, como sucedió en el *Santuario de Samotracia*, donde se tributó un entusiasta fervor á estas divinidades metálicas; y los exploradores establecen la similitud del rito pensando en los ricos yacimientos mineros que hay próximos á *Despeñaperros* y que ya fueron explorados por los cartagineses y por pueblos á ellos anteriores...

Les lleva á fomentar esta creencia las semejanzas ante el atavío de los ex votos de *Samotracia* y los de *Despeñaperros*, sobre todo en lo que se refiere al *cinturón* que pudiéramos llamar *iniático*, y que llevan puesto los ex votos de uno y otro santuario.

A nosotros, sinceramente, no nos convence nada el razonamiento. Esos cinturones no pueden simbolizar una *especialidad* desde el momento en que se hallan broches semejantes á los que á ellos sujetan en los mobiliarios de numerosos enterramientos de todas ó casi todas las necrópolis ibéricas conocidas, y entre ellas en las por nosotros exploradas como las de *Garma*, *Uxama* y *Quintanas* (Soria). ¿No es esto muy lógico, esencialmente razonable...? El cinturón, el puñal, etc., en los ex votos, pueden significar una categoría, una jerarquía que desconocemos, pero en modo alguno una devoción especial hacia una suerte de deidades, y menos, una pertenencia al rito de *Despeñaperros*, á no ser que hiciésemos dependientes de él y peregrinos suyos á todos los iberos enterrados en las diferentes necrópolis españolas que conocemos...

Esta es nuestra leal opinión, que en nada merma la admiración que sentimos por los ilustres excavadores, por la obra inmensa, genial, llevada por ellos á cabo...

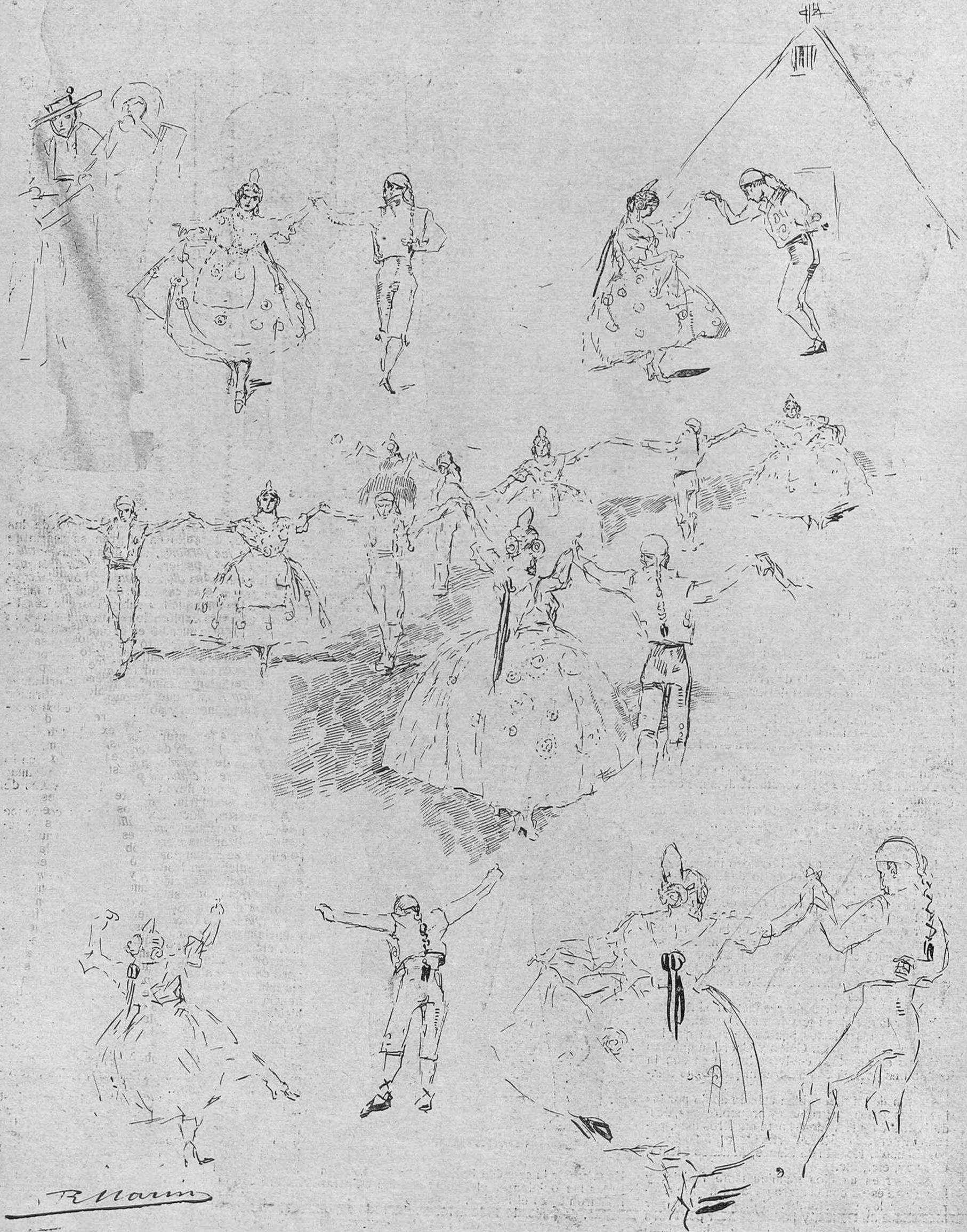
¡Que nos perdonen la disparidad de criterios! Tenemos verdadera *hambre* de categóricas verdades ibéricas; sea ésta nuestra mejor disculpa y nuestra mejor recomendación para perdonarnos, si es que estamos equivocados, como aquel obrero que al presentarse á los Sres. Calvo y Cabré con la pretensión de que le admitiesen al trabajo, y al preguntarle que quién le recomendaba, respondió:

—¡El hambre!...

MORENAS DE TEJADA

Huerta de Santillán, Octubre de 1918.

LAS DANZAS REGIONALES



“El ú y el dos”, popular y típico baile valenciano

DIBUJO DE R. MARÍN

EL FRÍO

FILOSOFEMOS en la tarde invernal... El día muere tras de los ventanales cerrados, y la gran ciudad, nuestra cárcel, se nos antoja inmensa tumba sobre la cual va cayendo una losa de bruma y de tinieblas, que bien pudiera ser la losa de nuestros sueños...

He aquí el invierno... Hace frío... Mademoiselle Germaine, la señorita Carmen, fräulein Bertha y miss Katy aman el frío...

Todas las flores de estufa del cosmopolitismo aman el frío, porque no sufren de él, porque trae consigo los días mundanos y las noches de teatro y de baile, y, en fin, porque allá en las cumbres nevadas y sobre los lagos prisioneros del hielo vuelven, con el frío, las emociones y las voluptuosidades de la «luge», del «bobsleigh», del «ski» ó del patín...

Pero mademoiselle Germaine, y la señorita Carmen, y miss Katy, y fräulein Bertha, no conocen del frío sino la impresión tónica y grata que en sus cuerpos fuertes, bien nutridos y bien envueltos en lanas y pieles produce el aire helado y puro que se respira durante el paseo, luego de abandonar, para volver á encontrarlas, unas habitaciones dentro de las cuales los radiadores, las cortinas y los tapices crean y mantienen un suave ambiente primaveral.

En cambio, Germaine, y Carmen, y Katy, y Bertha: las que no son ni mademoiselle, ni señorita, ni miss, ni fräulein; las que son pobres muchachas endebles, maltratadas por la miseria, privadas de abrigo y de fuego, y obligadas á ganar la vida á la intemperie en París, en Madrid, en Londres ó en Berlín, éstas saben que el frío es su verdugo, que las noches de invierno son un largo martirio, y que junto á ellas, mujeres indefensas, sufren, y tiemblan y gimen, aun más indefensos, los viejos padres y los hermanos niños...

ooo

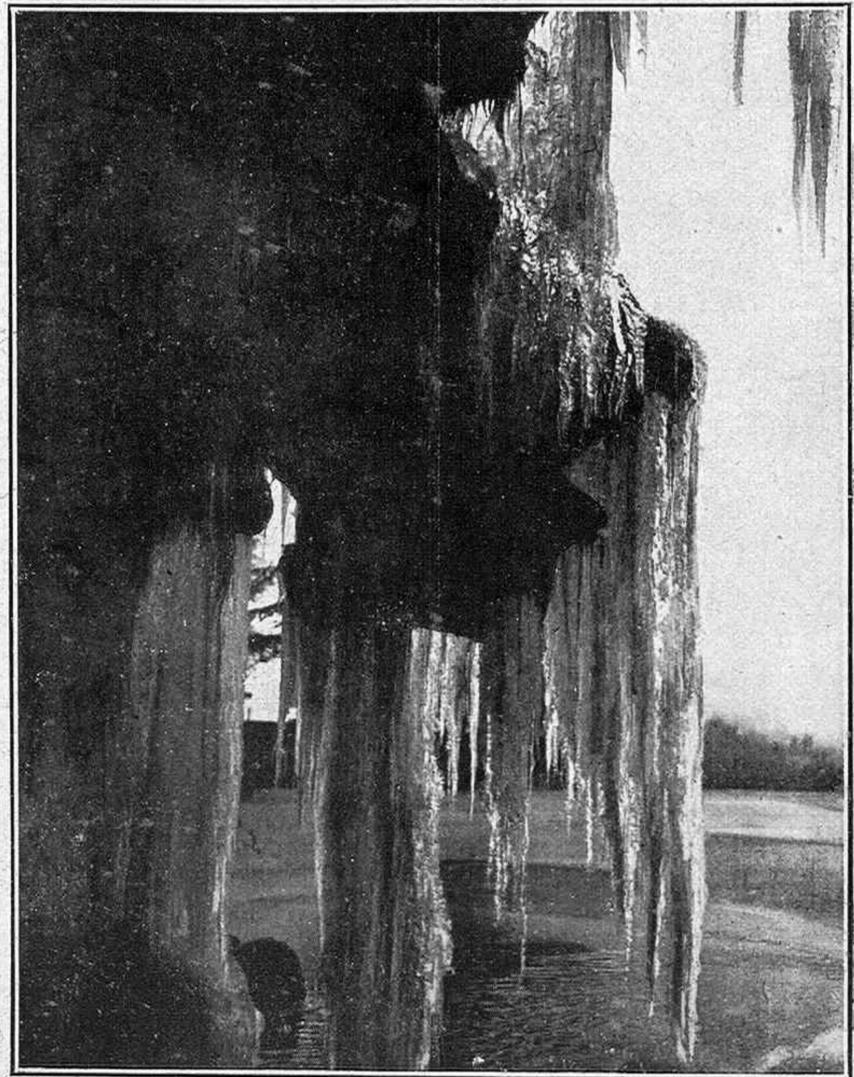
La señorita Carmen, neutral, nada sabe de la guerra... Pero fräulein Bertha y mademoiselle Germaine, beligerantes, recuerdan con espanto aquel invierno de 1917, durante el cual, con veinte grados de frío, no había manera de encontrar en París ni en Berlín un saco de carbón ni un haz de leña... A mademoiselle Germaine y á fräulein Bertha les pareció que aquellos días, en los que el agua se helaba dentro de sus casas, habían de ser las jornadas postreas del mundo... Mademoiselle Germaine y fräulein Bertha se asomaron, no más, á la triste vida de los tristes y creyeron ver la muerte... ¡Recordarán aquello mademoiselle Germaine y fräulein Bertha, cuando este invierno y en los inviernos venideros encuentren, en las calles de París y de Berlín, pobres viejos, pobres mujeres y pobres niños yertos?... ¡Quién sabe!... ¡El dolor pasajero se olvida tan pronto!...

ooo

Las flores de estufa del cosmopolitismo que aman la nieve y el hielo porque no sufren de ellos, no sospechan que cada invierno es para el mundo lo que un escalofrío para un enfermo: presagio de muerte... Uno de los raros poetas y visionarios de la ciencia, Flammarion, describe en su *Astrología popular* la agonía de la Humanidad como sigue:



“El frío”, grupo de Roger Bloche, existente en el Museo del Luxemburgo



Artístico aspecto de estalactitas de hielo en un lago

«El pensador puede prever, á través de la bruma de los siglos futuros, la época, aun muy lejana, en que la Tierra, desprovista del vapor de agua atmosférico que la protege contra el frío glacial del espacio, concentrando en torno de ella los rayos solares, se enfriará y se adormecerá en el sueño de la muerte. Desde las cumbres de las montañas descenderá hacia las planicies y hacia los valles el sudario de las nieves eternas, barriendo toda vida y toda civilización, y sepultando para siempre las ciudades y las naciones que halle á su paso. La vida y la actividad humanas irán reduciéndose, insensiblemente, á la zona intertropical. San Petersburgo, Berlín, Londres, París, Viena, Constantinopla, Roma, desaparecerán sucesivamente; y durante muchos siglos la humanidad ecuatorial emprenderá vanas expediciones árticas para encontrar, bajo los hielos, los lugares que ocuparon París, Lyon, Burdeos y Marsella... Las orillas de los mares habrán cambiado de configuración, y el mapa de la Tierra habrá sufrido una transformación completa. No se vivirá ni se respirará fuera de la zona ecuatorial; y esto, hasta el día en que la última tribu, muriendo de frío y de hambre, vaya á sentarse á la orilla del último mar, bajo un pálido sol que no servirá sino para iluminar un sepulcro ambulante, destinado á girar en torno de un foco de luz inútil y de calor infecundo.

El historiador de la Naturaleza podría escribir en lo futuro: —¡Aquí yace la Humanidad entera de un mundo que fué! Aquí yacen todos los ensueños de la ambición; todas las conquistas de la gloria bélica; todos los tesoros de la avaricia; todos los progresos de una ciencia imperfecta; y, también, todos los juramentos de amor percedero... ¡Aquí yacen todas las bellezas de la Tierra!—

Pero ninguna estela funeraria indicará el lugar en que nuestro pobre planeta habrá exhalado su último suspiro...»

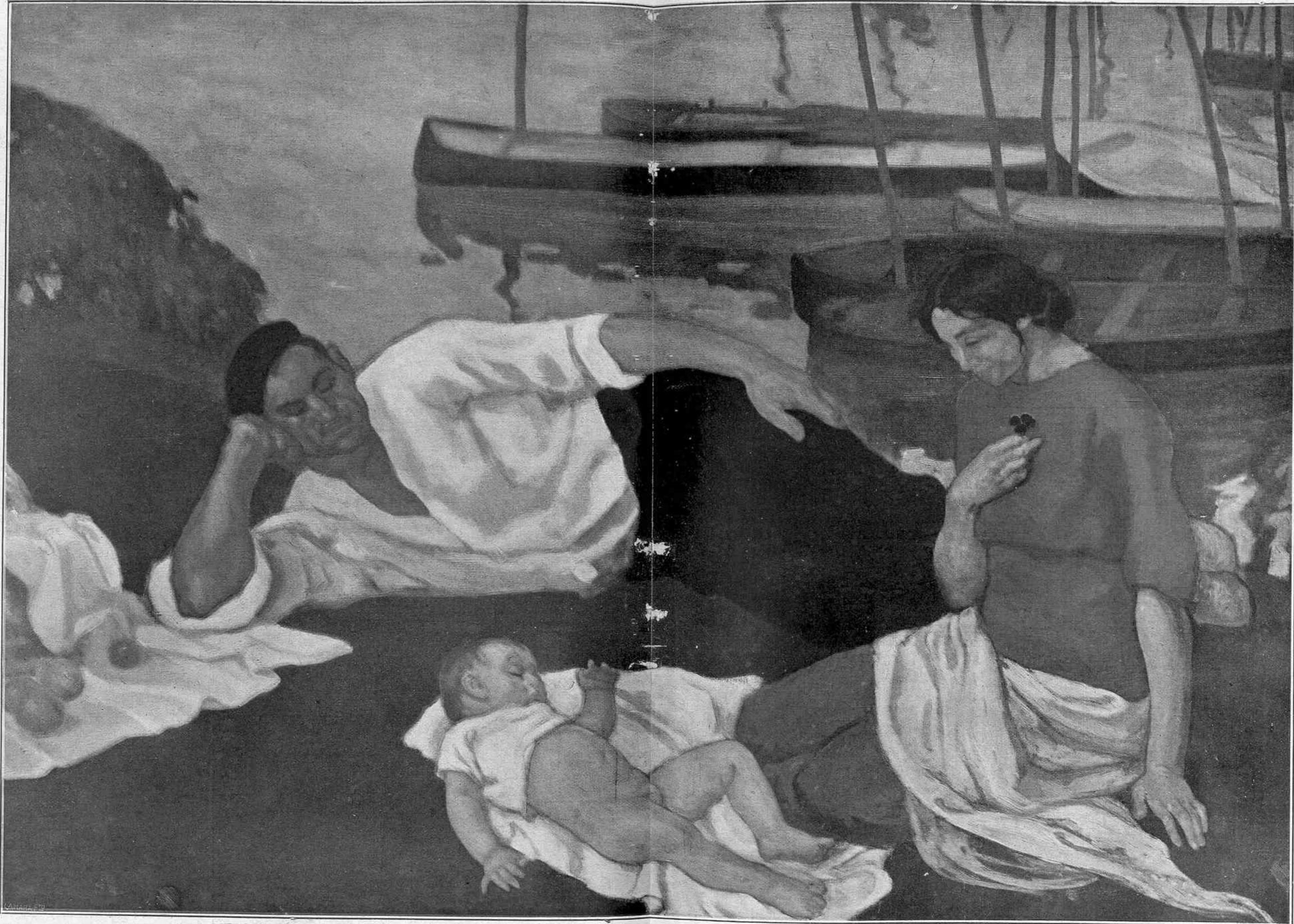
El cuadro que nos pinta el gran astrónomo y divagador francés no es, en verdad, risueño... Pero no hemos de verle nosotros, ni le han de ver nuestros hijos, ni nuestros nietos... Si la Tierra muere antes que el Sol se extinga, aun vivirá la Humanidad algunos millones de años; si la muerte de la Tierra ha de coincidir con la extinción del Sol, no serán ya millones de años, sino de siglos, los que aun queden para los hombres en el reloj del Tiempo...

Antes de llegar á su apogeo, y antes de comenzar su decadencia, la Humanidad ha de transformarse todavía moral y físicamente... Con toda nuestra pretendida civilización y con todo nuestro supuesto refinamiento, pertenecemos á la Prehistoria, á la edad bárbara, á los tiempos de los que nuestros descendientes, pasado un millón de años, no guardarán ni el más leve recuerdo...

Pueden, por lo tanto, vivir tranquilas, sin miedo á ver el fin del mundo, mademoiselle Germaine, la señorita Carmen, fräulein Bertha y miss Katy, las flores de estufa del cosmopolitismo, que aman el frío porque no sufren de él...

ANTONIO G. DE LINARES

LA MODERNA PINTURA ESPAÑOLA



ATENEÓ DE
BIBLIOTECA
MADRID

LA FAMILIA

Cuadro original de Daniel Vázquez Díaz

EL ESPAÑOLISMO DE ALENZA



“El baile de candil”

INJUSTAMENTE ha pasado un poco inadvertida la Exposición de cuadros y dibujos de Alenza en el Círculo de Bellas Artes.

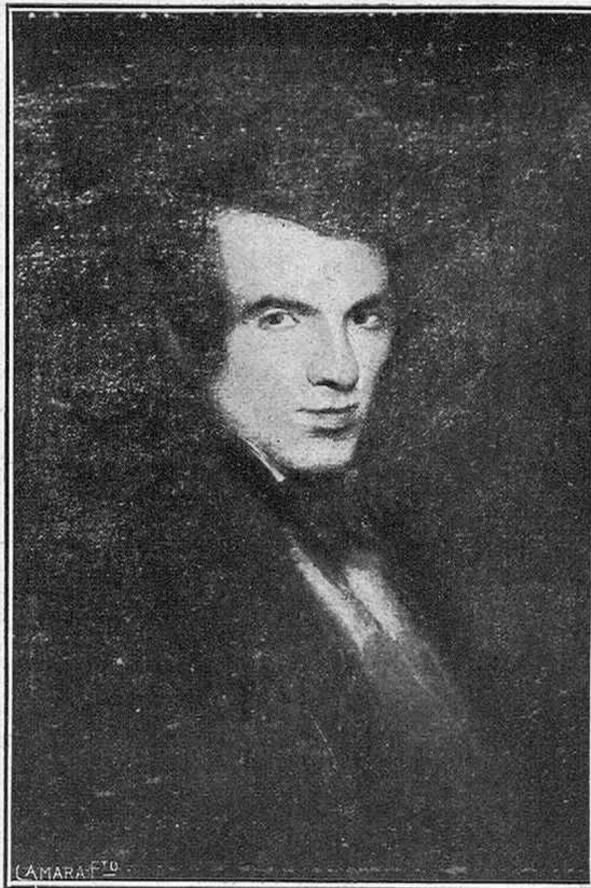
Ceferino Palencia y Alvarez Tubau, que alterna los pinceles del pintor con la pluma del crítico, había logrado reunir—después de bastantes esfuerzos y luchando con esa incomprensible y absurda hostilidad de los coleccionistas españoles á prestar sus obras para que sean conocidas y valoradas—un conjunto muy interesante y bien intencionado.

Bueno será, por lo tanto, elogiar la conducta de las personas que facilitaron la tarea del señor Palencia entregándole obras para dicha exposición. Estos expositores eran las señoras doña María Teresa Moret, doña Mercedes Sánchez de Toca, doña Angela García Loygorri; los marqueses de la Vega Inclán, Valderrey, Toca, Santa María de Silvela y Montesa; conde de las Almenas, vizconde de Eza y Sres. D. Aureliano de Beruete, D. Angel Avilés, D. Félix Boix, D. José Sánchez Gerona, D. José de Lázaro, D. Rafael García Palencia, D. Prudencio Díez Agero, D. Mauricio López Roberts, D. Félix Labat, doctor Cisneros, D. Luis Andanaz y D. Alberto Iturriz.

Figuraba, además, como expositor el Estado, con la valiosa colección de dibujos y aguafuertes conservados de Leonardo Alenza en la sección de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional.

Y no figuró, debiendo figurar, el Museo de Arte Moderno con el espléndido autorretrato de Alenza que reproducimos en esta página.

No se nos alcanza qué motivo pudo tener el director del Museo y director general de Bellas Artes para negarse á ello, toda vez que ahora está cerrado por las reformas interiores el



“Leonardo Alenza”, autorretrato existente en el Museo de Arte Moderno

Museo de Arte Moderno, y en cambio hubiera servido el admirabilísimo lienzo como piedra de toque donde aquilatar méritos y autenticidades de bastantes de los cuadros expuestos en el Círculo.

Porque no todos estos cuadros inspiraban la suficiente confianza y el necesario convencimiento de ser Alenzas indiscutibles, cuando al frente del *Catálogo* figuraba la siguiente advertencia, muy oportuna:

«Por si existieran errores en ciertas atribuciones é identificaciones de obras, declaran los organizadores de esta Exposición que han aceptado sin discutir las cuantas notas é informes les fueron facilitadas para la redacción del *Catálogo* por los respectivos expositores.»

ooo

En el número 219 de LA ESFERA, correspondiente al día 9 de Marzo de este año, dimos algunos datos biográfico-críticos acerca de la personalidad de Leonardo Alenza, uno de los pintores más admirables y, sobre todo, más castizamente españoles de la primera mitad del siglo XIX.

Esta interesantísima Exposición confirma y ratifica cuanto del gran pintor madrileño decíamos en aquel artículo.

Encontramos en ella nuevamente los dos lindísimos retratos de *Manolita*, la prima del artista, y de *La mujer del conserje del Museo del Prado*, que ya admiramos en la *Exposición de Retratos de Mujeres españolas*, organizada por la Sociedad de Amigos del Arte. Vemos también el retrato de D. Agustín Argüelles, donde culminan las dotes de sobriedad y de realismo enérgico que ostentan otros varios retratos de hombre no menos característicos. Hallamos las escenas populares, los cuadros de costumbres, entre los que se destacaban *El viático*, *La lotería* y los titulados *Militares en un café* y *Lectura en el café*, pertenecientes al interior del antiguo de Levante que, así como el exterior, decoró Leonardo Alenza.

Y, por último, abundaban en la Exposición del Círculo los dibujos inconfundibles, personalísimos de Alenza, sus siluetas de gitanas, toreros, arrieros, mozas y mendigos; sus episodios de plazuelas, calles ciudadanas y ferias pueblerinas; sus bailes de candil y otros castizos holgorios del pueblo bajo; sus «caprichos», donde parece vibrar el nervioso claroscuro y la exaltación imaginativa de Goya.



“Bailando el bolero”

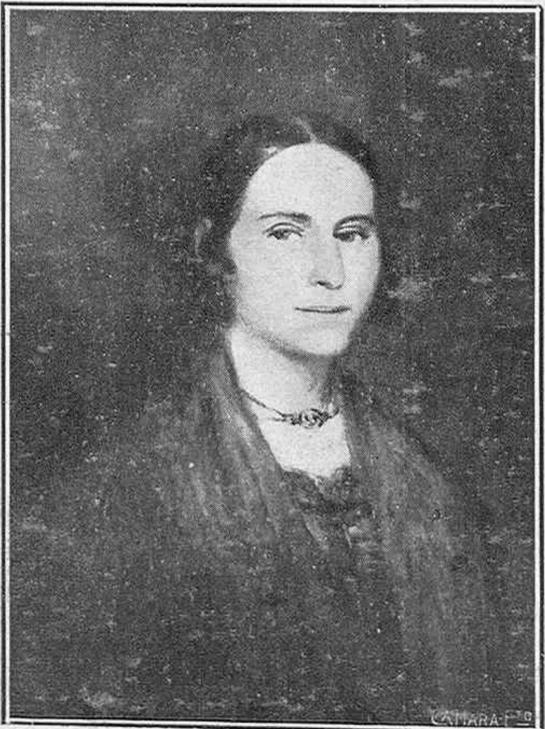
«Se contemplarán siempre con gusto—dice Caveda—, por más que una crítica severa la quiera más cumplida: *La mujer manchega*, *La gitana bailando en una taberna*, *El memorialista*, *El gaitero*, *La cacharrera*, *La vieja del ventorrillo*, *El vendedor de romances*, *El calesero*, *El licenciado de la guerra de Africa...*»

Complacianos esta fuerte y sana oleada de españolismo en que nos sumergía el ánimo y la mirada los cuadros y los dibujos de Alenza. Nada extraño á la tradición pictórica de nuestro Velázquez, de nuestro Goya y de los demás dioses menores—minoría relativa, claro está, ante la grandeza de los dos colosos!—: Murillo, Ribera, Valdés Leal, había en esos enlevitados de la época romántica, en esas mozas de rompe y rasga, en esos fondos de austera serenidad, en las gamas de ocre, sienas y grises y negros que alcanzan la máxima profundidad y la más sutil finura.

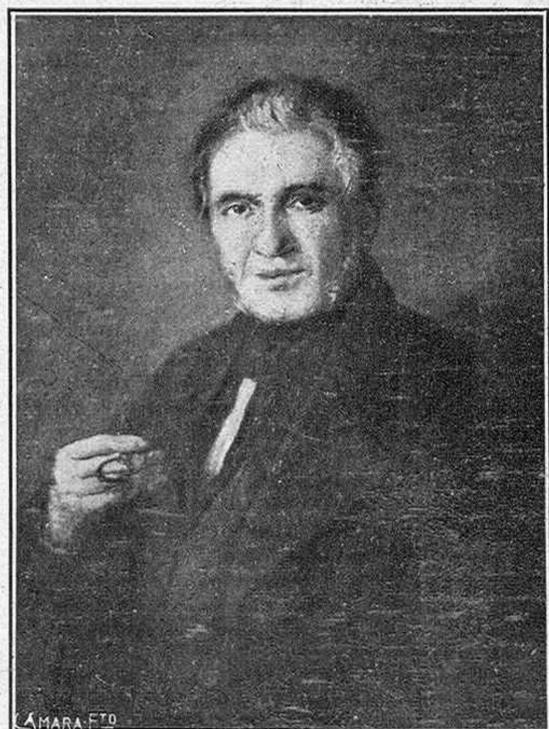
Nada de extranjería pegadiza falseó el españolismo de Alenza. Mientras algunos de sus contemporáneos se extraviaban con la obsesión francesista de David ó de Ingres, él se sometía fecundamente al influjo intelectual y técnico de Velázquez, de Goya. Soportaba su miseria y ostentaba la sana rebeldía de su visión realista. Así, al cabo del tiempo, su obra perdura y se afianza, y los artistas, los críticos de principios del siglo XX, saltan por encima del desdichado período de la segunda mitad del siglo XIX para buscarle y enaltecerle.

Porque esta Exposición del Círculo de Bellas Artes no es sino el primer paso hacia la rehabilitación plena de Leonardo Alenza, el hijo espiritual de Francisco Goya, que murió miserable é ignorado...

SILVIO LAGO



“La mujer del conserje del Museo del Prado”.—(Expositor: D. José de Lázaro)



“Retrato de D. Agustín Argüelles”.—(Expositor: Excelentísimo señor marqués de la Vega Inclán)



CANTO Á ESPAÑA

(Segundo premio en los Juegos florales de la Fiesta de la Raza, en Madrid)

De la fuente de amor desconocida
en que se incubaba el germen de los mundos,
audaces y profundos
nacieron los raigambres de tu vida.

Y fué preciso que la Tierra entera
mezclara gentes, sangres y naciones;
que cada pueblo diera
el alma de sus viejas tradiciones,
para que al pie del vasto Pirineo,
bajo un rojo crepúsculo de grana,
como emblema de fuerza y de deseo
emergiera la raza castellana.

Los bárbaros del Norte te trajeron
el esfuerzo viril de sus soldados,
de los que recorrieron
los extraños senderos ignorados,
como otros Niebelungos de leyenda
tras la soñada palma,
llevando, como escudo en la contienda,
el valor de su brazo y de su alma.

Los latinos del Sur, la poesía
de sus montañas de empinada falda,
sus cantos de pasión y la alegría
de sus verdes campiñas de esmeralda.

Y así, mientras los rudos atambores,
en sus guerreras furias,
llenaban con los bélicos fragores
el corazón de Asturias,
se detenía el sol en su carrera
bajo la pompa de luz de un mediodía,
para besar la límpida pradera
en que el alma nació de Andalucía.

En esa extraña conjunción de luces
y de arrestos audaces,
los espadones de atrevidas cruces
y las hidalgas castellanas frases,
crearon una raza hecha de acero,
astuta y sabia, varonil é inquieta,
con el brazo fornido del guerrero
y el alma generosa del poeta.

Así nació la estirpe de Pelayo
y del Cid Campeador y Don Rodrigo,

la que en la lucha fulminaba el rayo
y llevaba consigo
la herencia de las viejas tradiciones
que, sin mengua, desdoro ni mancilla,
mantenían en alto los blasones
del almenado escudo de Castilla.

Así, de las hispánicas riberas,
con afanes espléndidos de glorias,
partieron esas barcas marineras
por rutas ilusorias
en busca del honor y del tesoro,
viendo siempre brillar
una loca visión de puntos de oro
en la bruñida limpidez del mar.

Y, audaces argonautas de leyenda,
dejaron el hogar y el sacro monte
fascinados de luz en la ancha senda
de un mágico horizonte,
tras de cuyo misterio alucinante
la fantástica sombra de un miraje
se dibujaba en el azul distante
como un sagrado emblema en el paisaje.

Y en las aguas rizadas por la espuma
y en el rojo crepúsculo marino,
y en el misterio de la intensa bruma
que ocultaba el camino,
estaba todo el ímpetu valiente
de una barca velera,
que, al navegar hacia lo ignoto, siente
que lleva el alma de la España entera;
de esa admirable España triunfadora,
que, al final de la heroica jornada,
abandonó la espada
que manejara otrora
y dióle á las hispánicas naciones
la sangre de su sangre, convertida
en manantial de sacras redenciones
para el divino culto de la vida.

Todo tu ser, España, está impregnado
de la altiva grandeza de tu historia.
El mundo te ha mirado
en tus instantes de suprema gloria,

como á Venus fecunda, en cuyo seno,
que el sol bendice y el amor abrasa,
ha germinado, poderoso y pleno,
el espíritu enorme de una raza.

Jamás un pueblo, como tú, ha sentido
el orgullo inmortal de que otro mundo,
por tu honda fe en el porvenir nacido,
conservase en lo profundo
de su alma americana,
de esa alma, todo amor, que te ha heredado
el noble culto de la madre hispana,
el culto del honor que tú le has dado.

En veinte pueblos que son hijos tuyos
todo les habla de la madre ausente:
los vientos con sus cálidos murmullos,
las aguas que gorjean en la fuente,
las voces que remedan tus cantares,
los verdes campos en que ríe Ceres,
los fermentos eternos de sus mares
y los ojos de luz de sus mujeres.

Todo es enorme en tí, pues los cimientos
en que se alzaron bravos y triunfales,
desafiando las iras de los vientos,
tus castillos heráldicos feudales,
son como un pedestal de corazones,
en que se yergue con soberbia extraña
el culto de las viejas tradiciones
que han hecho grande el corazón de España.

Y hoy, olvidando por el sér que llora
tus arrestos de antaño y tu pujanza,
le hablas al mundo de una nueva aurora
llena de fe, de amor y de esperanza.

Y al fin de esta jornada dolorosa,
herida tu alma por variada suerte,
sólo tu boca besará piadosa
en las filas clareadas por la muerte,
y haciendo humilde para hacer profundo
el bálsamo de paz, tú desde abajo
vas enseñando á modular al mundo
la santa marsellesa del trabajo...

DIBUJO DE JUAN JOSÉ

DAVID BARI
(Chileno)

DANIEL VAZQUEZ DIAZ



“La madre”

FRONTE á las últimas obras de Daniel Vázquez Díaz siente el contemplador un suave aquietamiento emocional, la grata sensación que emana de las armonías en calma, de la sencillez eurítmica de las líneas, de la interior pasión que arde detrás de los tonos como una lámpara votiva en el fondo de una capilla solitaria, como un pensamiento de amor en la ternura incomprensible de un corazón ferviente.

El logro de estas cualidades de reconcentramiento, de luminosidad tranquila, de sensible simplicidad cromática, ha seguido el mismo camino evolutivo de toda la pintura moderna. Primero las obsesiones academicistas de la construcción basada en un dibujo correcto y frío del tema anecdótico, de la falsa luminosidad en expresiones rotuladas y clasificadas de antemano. Después el período transitorio, en que todavía no se abandonaron las convencionales abdicaciones del temperamento en aras del gusto ajeno y público, de la aprobación sistemática por parte de los maestros envejecidos. Este período acusa las torturas sentimentales y visuales en pugna con las cerebrales normas aprendidas de memoria y afianzadas por los éxitos fáciles. Hay en las obras de este período como una brutal reacción contra las obras precedentes, sin que aun asome en ellas el fulgor definitivo, personal, de las futuras. Es entonces el artista una vacilación crepuscular, una pausa que no sabríamos si está plena de aurora ó enfiada de ocaso.

Por último, llega el abandono de los prejuicios estéticos y de las acomodaticias victorias. El artista quiere ser él mismo, contemplarse sin rubor y sin desconocerse en sus propios lienzos. El color, que yacía amortiguado, monocromizado casi, expande en acordes gratos á la mirada y á la sensibilidad, deshojados al fin de toda condición ajena á la pintura, reintegrando á sentido y finalidad puramente pictóricos lo que antes se desleía, se perdía en el asunto externo.

Y casi siempre las evoluciones individuales que constituyen esta enorme y sana evolución colectiva de la pintura moderna exigen tal suma de sacrificios, de fortaleza, de cotidianas renunciaciones á todo cuanto no sea la noble austeridad del arte en su cabal pureza, que muy pocos pintores las alcanzan plenamente.

Vázquez Díaz, sí. Vázquez Díaz ha retado la ciega hostilidad ajena, después de obtener beneficio del ajeno favor ciego. Abandonó España hace diez años; cuando pintaba de un modo correcto, vulgar y con esas estridencias metodizadas, que han sido en nuestro país la secuela del sorollismo y creado un falso concepto luminista.

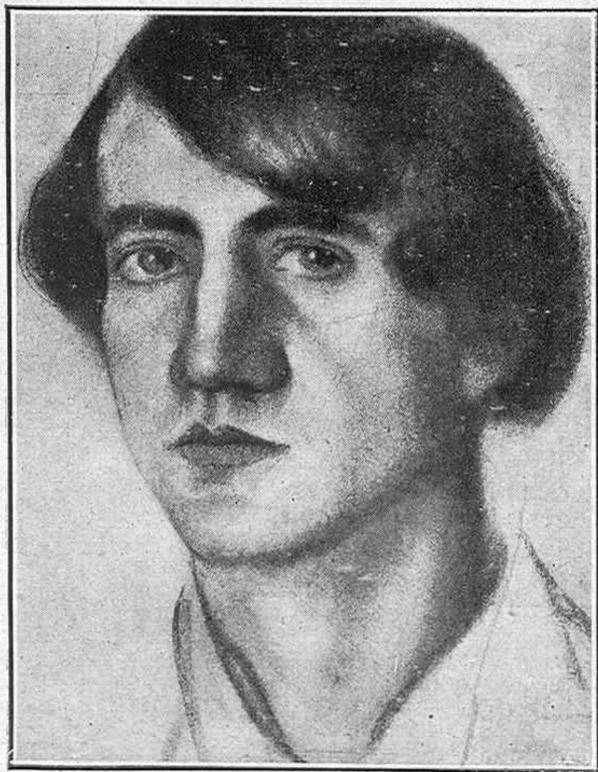
París fué, como para tantos otros artistas españoles, su camino de Damasco. A los dibujos sólidos, de un vigor escultórico en las masas y las líneas que prodiga por revistas y Exposiciones íntimas, corresponden también los grandes lienzos de un colorido suave, mortecino, de una



Daniel Vázquez Díaz en su estudio de Madrid.

casi «afonía cromática», que era á un tiempo mismo culpa y redención de las agrías inconsciencias coloristas de sus primeros cuadros. Influyen sobre Vázquez Díaz, en esa época de transición, el realismo—con españolas influencias—de Manet, las nuevas escuelas post-impressionistas y el recuerdo sentimental de su España, que perfuma como aroma de jazmín, que suena como copla sensual, que luce como claror de tersas celiastas en su sangre y en su alma andaluzas.

Pinta entonces Vázquez Díaz á España á través de Francia. Es una España empalidecida, borrosa á primera vista, pero animada en el fondo de un poder sugeridor enorme. El color parece desmayado en lánguidos acordes, estremecerse aterido en frías gamas; pero debajo de él corre un ardiente soplo de vitalidad, una melancólica pasión de la carne que vibra y del espíritu que saborea otras vibraciones fraternas.



“Bohemio” (dibujo)



“Don Silvestre”

A esta época pertenecen los cuadros de asunto taurino, los retratos de lidiadores y bestiaros con sus facies de bruto y sus trajes novilleriles de marchitos chispazos entre las sedas desteñidas y los capotes mugrientos. A esta época también el cuadro *La esclava*, que obtuvo un gran éxito en el Salón de Independientes el año 1911, y que es una glosa afortunada de la *Olimpia* manetiana.

Rápidamente, Daniel Vázquez Díaz conquista el mercado y la Prensa parisenses. Sus cuadros se cotizan alto, sus *cabezas* de personalidades célebres son como una consagración de prestigio y popularidad. Las grandes revistas reproducen fielmente sus obras, y los grandes críticos colocan el nombre de Vázquez Díaz junto á los de Zuloaga y Anglada.

Y, sin embargo, todo cambia bruscamente. En Francia y en él. La guerra impone á los artistas extranjeros una repatriación forzosa. Vázquez Díaz abandona París y vuelve á España. Pero no con los lienzos lejanos, olvidados, de sus primeros tiempos en las Exposiciones del Hipódromo y del Retiro; no del todo con los lienzos de la segunda época que le proporcionaron el auge francés y que aquí van á ser acusados—un poco ligeramente—de españolerías para la exportación.

Torna en peores condiciones para la acogida pública. Porque coincide su salida de Francia con el tercer período de su evolución artística. Así, cuando Vázquez Díaz expone en el Salón Lacoste, durante el mes de Junio de este año, una colección de óleos, dibujos y aguafuertes, la crítica elogia lo que comprende y censura lo que le sorprende.

ooo

Pero Daniel Vázquez Díaz está demasiado convencido del fecundo hallazgo de sí mismo, y ha hecho sagrada renuncia á los halagos fáciles que pudieran sonrojarle para sentir la menor duda ni el más pequeño desaliento.

Es ahora, precisamente, cuando aparece en él un gran pintor, cuando obtiene la revelación de agudos y profundos secretos del color, cuando su sensibilidad se ofrece en su pintura con la más apasionada y tremante de las elocuciones emocionales.

La figura humana adquiere para él una expresabilidad casi angulosa. Ahinca en el carácter como un cirujano en la carne palpitante. Es un espectador activo de la Humanidad. Para él tienen interés todos los seres por opuestos que sean: esa gitana desnuda de las carnes cocidas y tostadas de lujuria con sus sienas tan profundos que parece nos van á caldear la mano si la ponemos sobre el color; ese clérigo con trazas de jayán taurino ó de labriego soez; esos enormes bloques azules que son marineros vascos tocando el acordeón bajo las noches consteladas; esas siluetas desoladas, esquinas, que evocan la cruenta soledad de mujeres sin hijos, sin padres,



“Maternidad” (“panneau” del triptico)



“Juventud” (Museo de Paris)

sin esposos, arrebatados por la guerra. Y después, entre tanta figura ciclópea, de azules, ocre, negros y verdes profundos y densos, esa frágil—con fragilidad de cristal y de flor—figurita del hijo con su delicado acorde de plata, cielo nocturno, fresas y rosas que sostiene entre las manos una tímida, humilde margarita que parece sonreír como un amarillo enamorado del oro.

A su exaltada identificación de los humanos sentimientos que se traducen en todas estas figuras, pertenece la serie de *Maternidades*.

Las madres son tema favorito de Vázquez Díaz. En sus aguafuertes y litografías alcanzan sublimidad de tragedia helénica y desesperación humilde de espectáculo cotidiano.

«Madres campesinas, burguesas, aristocráticas—he dicho de ellas en otra ocasión—. Madres que languidecen en el fondo de mansiones solitarias y opulentas; madres que van errantes por los caminos; madres que han tenido que buscar trabajo en las grandes urbes vacías de hombres. Madres que alzan sus puños crispados ó se doblan con ese ademán de profunda resignación y profundo aniquilamiento que el drama bíblico impuso á veinte siglos del Arte. Madres que van orgullosas y graves al lado del hijo, laureado y mutilado; madres que estrujan entre sus manos sarmentosas el *Boletín de los Ejércitos*, como en otro tiempo estrujaban amorosas las cartas del que había de ser padre de este hijo cuya muerte le anuncian. ¡Madres de Francia, en fin, que es ella misma como una madre enlutada con el corazón oprimido, con los ojos ya secos de tanto llanto, y sintiendo, sin embargo, sus entrañas capaces de procrear más hijos para que puedan ser felices en el porvenir glorioso y próximo!»

Pero todo este trágico horror de las litografías y las aguafuertes no existe—excepto en el cuadro recién comenzado ahora—en los lienzos donde pinta madres.

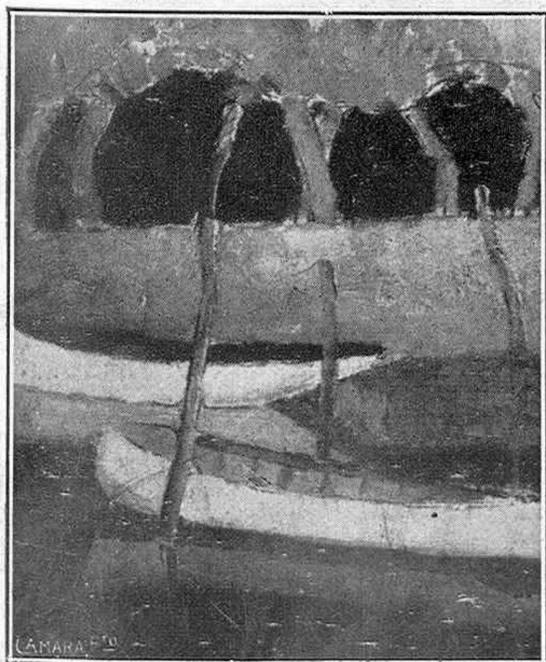
Son las madres felices ó dulcemente melancólicas de sus primeros años de maternidad, lactando á sus hijos, viéndoles dormir en su regazo, cambiándoles las ropitas menudas y tibias. Un sentimiento conmovedor envuelve estas *Maternidades* augustas y sencillas al mismo tiempo. Es algo todavía más pleno de emoción que los cuadros de Mary Cassatt, la especialista en tal género de obras. Están más cerca de las páginas sensitivas de Carrière que, como Vázquez Díaz, conoció esa deliciosa tortura de pintar junto á la cuna de su hijo y junto á la fe alentadora de la esposa.

Al pasar de la figura humana á la Naturaleza, Vázquez Díaz agudiza todavía más, si fuera posible, su potencialidad visual y su autosugestión sentimental. Los paisajes, las marinas de Vázquez Díaz son de una belleza, de una riqueza colorista extraordinarias. Los tonos se sutilizan

hasta matices que apenas percibe la pupila ajena de los que supo arrebatarse su secreto. Hay cuadritos de éstos donde el artista ha perseguido un reflejo fugitivo en las aguas, un minuto veloz en la luz que son como interiores de gemas, como si estuviera toda el alma universal de las cosas encerrada en un ópalo ó en un topacio.

Y, sin embargo, estas delicadísimas obras donde se muestra un virtuoso del color, un poeta de las sensaciones silenciosas, han pasado en Madrid inadvertidas, ó—lo que es peor—han sido escarnecidas sin piedad y sin amor.

José FRANCÉS



“Las barcas blancas”



“Atardecer en el canal”

LOS JUGUETES DEL NENE



«La sensación luminosa, al franquear el umbral de la conciencia, al convertirse realmente de excitación fisiológica en sensación propiamente dicha, entra en un medio complejo lleno de emociones, de recuerdos, de otras sensaciones anteriores, y en esta reunión la sensación simple es arrastrada, ahogada, transformada en productos psíquicos infinitamente complejos.»

VAN BIERVLIET.

Oh! ¿Cómo educar este muñeco?... Diablo, diablo... Ahí está el monísimo nene rubio, casi en cueros, sobre un pedazo de alfombra, entre sus juguetes, y cuanto más le miro más ganas me dan de entregarle estos librotos para que... los destroce con sus manecitas. ¡Habrás visto niño más desvergonzado! ¡Pues no se está educando a sí mismo, sin pedirme opinión, el muy tunante! Esforzaos, como yo, para entender eso del desenvolvimiento natural del niño, del método orgánico de Johnson, de la escuela de Fairhope; andad, desojaos, como yo, para comprender una sílaba del grado de educabilidad, de Herbart. Mientras perdéis el tiempo con Froebel, Fechner, Tetens, Wundt y Satanás, él, el nene, os mirará, como a mí, riendo, burlándose; sí, señor, burlándose de la más deliciosa y lamentable manera. Lamentable, lamentable, ¡qué fuerte é impropio es este adjetivo!... Vamos a ver... ¿es lamentable que la boquita más mona del mundo sonría de veros tan preocupados en el asociacionismo inglés, en las curvas del trabajo mental de Kraepelin, en la psicología cuantitativa de la muy respetable señora Yoteyco? Porque el nene sonríe de eso, no cabe la menor duda; sabe que os estáis ocupando de él, que por su causa más os convendría que a él aplicaros vosotros mismos la curva de la honorable señora Yoteyco, para la fatiga ergográficamente medida. ¡Ah, qué inútil gasto de fuerza mental ese de querer entender el alma de un niño que se tiene delante de los ojos y que es un pedacito de vuestro corazón!... Y todavía este maldito librote me dice que mi nene puede reducirse a una ecuación. ¿Qué podéis esperar de un hombre que se llama Weber-Fechner? Diablo, diablo... ó estos hombres, de nombres tan raros, no han tenido hijos, ó, señor mío, ¿cómo es posible, teniendo un ángel de éstos, profundizar en psicogramas, en tests, en la genialidad personal, de James; en el tacto del maestro, de Natorp; en las diferencias de Kirpatrick, en los trabajos del doctor Tissie, en la substantividad de la paidología, de Chrisman; el tipo de mentalidad, de Binet y Simón;

los endemoniados pensamientos de un Meuman, de un Claparède, de un Stern, de un Sikoursky? ¡No ha de reír el nene!... Mientras yo leo las cosas más extrañas, él, sobre la alfombra, martillea la cabezota de un militarote que haría las delicias de Tanenberg y Claussewitz, con el puño de un sable. Malos tiempos corren, querido mío, para esos fantoches que tú golpeas. ¿Es que lo sabes, es que adivinas eso de la intuición, de Pestalozzi; la percepción, de Rosmini?... Los niños son de una mentalidad muy realista, dice precisamente aquí, en este libro tudesco que tengo ante mis ojos. Sin duda, el ángel rubio presente lo que está pasando en Europa, es muy posible; Ziehem, Brahm, Stanley, Münsterberg... hablan de estas posibilidades. No sé lo que me digo. Sólo sé que su vista empaña mis ojos en lágrimas, y que cualquier movimiento suyo tiene una trascendencia enorme. Después de todo, la señora Pizzigoni, en su escuela de Glisolfia; las escuelas de bosque alemanas, las escuelas libres, la *Landersichungsheine*, del doctor Listz; las del doctor Reddie, las *Ecoles des Roches*, ¿qué hacen, sino lo que yo hago en estos momentos, ó sease ver simplemente lo que tú haces, hijo mío?... ¿Cuál es la raíz de la originalidad, cómo reacciona ésta ante el influjo educativo? ¿Qué encierran esos gestos tuyos, tan graciosos, tan cándidos? Ahora no golpea el nene al espantable militar con el puño del sable; de la vasta caja ha sacado su manecita encantada nada menos que una locomotora, y con ella, ¡oh, qué estropicio, Dios santo, en la cabezota de serrín! Y ríe el nene y me mira, y con su lengua de trapo murmura no sé que cosas en ese divino lenguaje que parece dar la razón a Mme. Lagardelle, consonantes y vocales sin diferencia en su articulación, música dulcísima de un entendimiento puro, receptos de Romanes, abstracciones de Tain, de Pleyer, encanto de quien lo escucha. Los libros, los libros... valen menos que tus juguetes. Dejemos a Bain, a Gley, a Vaschide, a Dewey, a Sarto; tú eres tú, querido nene, un hombre, un hombre nuevo; sin duda, has venido a este mundo porque tienes algo que decirnos. ¿A qué estudiar el valor de las ciencias normativas para tu educación? ¿No eres tú, por ventura, un sér aparte, como la clásica figura de Langer nos muestra a los niños? A un lado, a un lado estos librotos. Mira, nene: toda la mesa está llena de ellos, tan llena como de juguetes tu alfombra. El mejor libro, ¿no es verte jugar? ¿No será el más insignificante juguete tuyo de un valor superior a todos estos libros tan sabios? Adorable silueta monísima esa figurilla tuya entre tanta barajita. ¿Qué necesitas tú del método Fröbel para

divertirte? Cuando más gozas, ¿no es cuando estás más solo, cuando nadie te ve? Habla, habla con esos juguetes tan lindos, querido mío. Una palabra tuya ¡significa tantas cosas!... Eh, pica-ruelo; bien defendido estás: un perro a cada lado, los colocaste tú así; cerca hay un caballo grande, grande; para subirte a él hay que colocarte una silla, pero tú lo quieres así, grande, grande. ¿Por qué? Ea, dejemos los porqués; vuelta a los libros dichosos. ¿Por qué los hombres modernos estamos tan preocupados en saberlo todo? ¡Oh, esos caballitos bayos tirando de un enorme timbre! Tiene gracia, mucha gracia, que nada menos que dos caballos empleen su esfuerzo en tirar de una cosa tan inútil. Mas tal vez deba ser así el mundo. Ese timbre da, al marchar, un ruido delicioso. ¡Tenéis los niños un oído tan vuestro!... Aquí tengo yo sobre la mesa un libraco que habla mucho de ello, un viejo libro de Egger. Cuando uno quiere ser feliz se vuelve niño, y entonces, ¡oh, entonces!, qué bien suenan esos timbres, qué dulcísimas son esas cajitas suizas de música, como la que tú te has guardado en el bolsillo. Y como esos ruidos son esos bolos, esos monos ingleses, esas panoplias pequeñas, con sus herramientas minúsculas; esos carritos, con tanta campanuela; esas marionetas que, puestas en los dedos, nos ridiculizan de tan severo y profundo modo a los hombres grandes, a los hombres grandullones que leen librotos como éstos, como éstos, hijo mío, en los que yo pretendo encontrar el secreto de... arrebatarte tu risa celeste, esa risa que es como tus monos, como tus fantoches, como tus cascabeles, que suena como tu cajita suiza de música, como esas campanitas chinas, como esas cuerdas de tu violín diminuto. Yo, que te quiero tanto, tanto, que lloro de placer viéndote entre tus juguetes, estoy estudiando en estos libros el medio de substituirlos. No he escarmetado, hijo mío, y soy tan malo, tan hombre, que ando buscando en las ideas de los otros hombres recursos lo suficientemente fuertes para arrebatarte tu felicidad y hacerte ¡un hombre!... Un hombre al que el destino golpee en la cabeza como tú a tu soldado de serrín; un hombre de esos que olvidan, como yo he olvidado, que la delicia de esos juguetes no vuelve jamás. Bien es verdad, nene querido, que los hombres nos consolamos pronto; con saber que Elbinghaus ha encontrado que la curva del olvido es logarítmica, ya estamos alegres. Y estos juguetes de las ideas nos entretienen de la desgracia de haber tenido maestros que nos separaron de los otros.

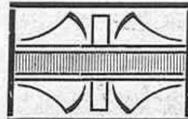
DIBUJO DE RAMÍREZ

EUGENIO NOEL

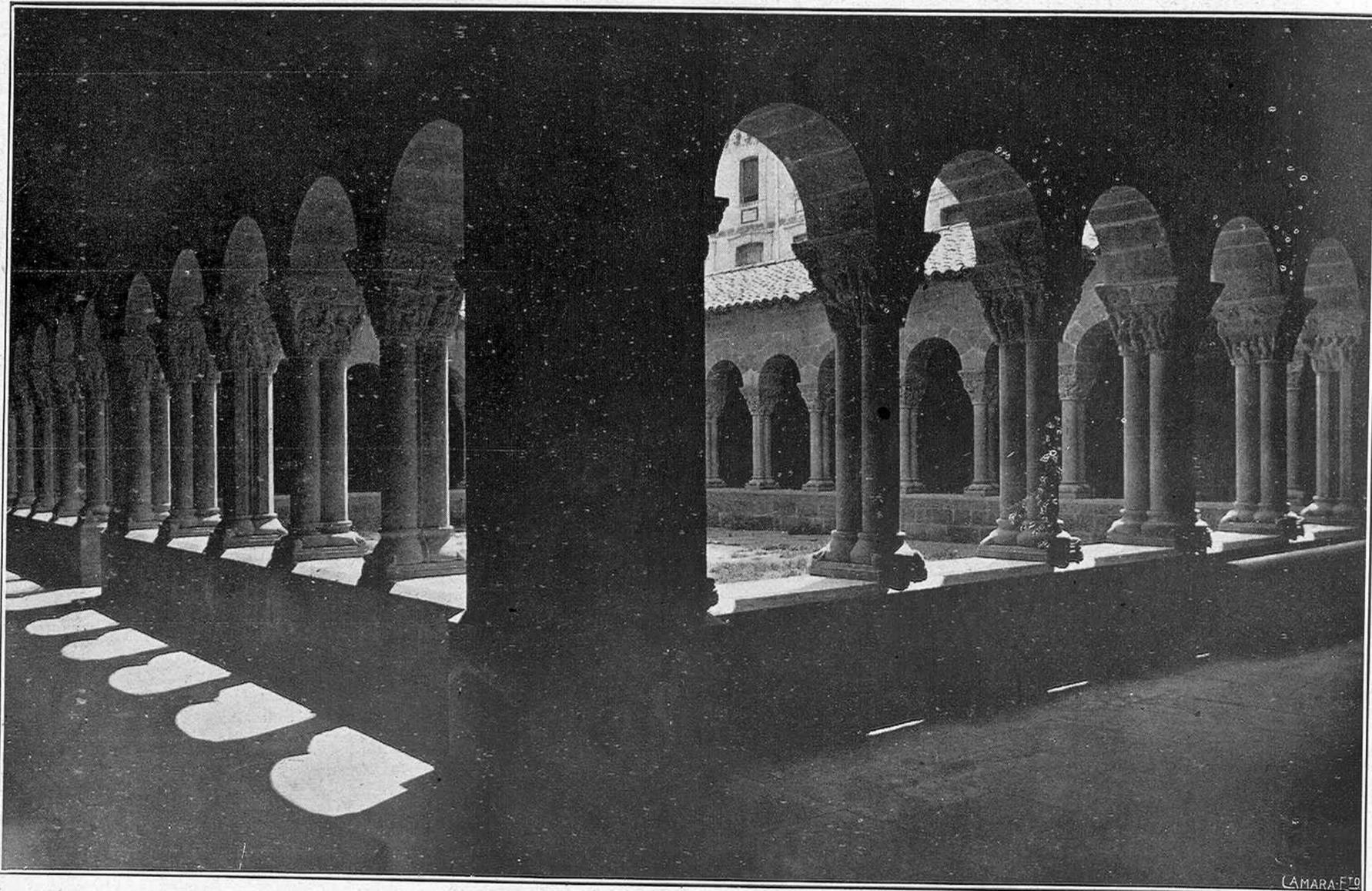
PÁGINAS ARTÍSTICAS



LA ROSA MAL DEFENDIDA, dibujo del notable artista José Zamora



DE LA HISTORIA Y DE LA LEYENDA
LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL REY MONJE



Claustro del templo de San Pedro "el Viejo", de Huesca, obra de Ramiro II, "el Monje", en una de cuyas capillas está sepultado este rey

O FRECIDO á Dios en holocausto, en el ardor del asedio de la Huesca musulmana, por el cristianísimo rey Sancho Ramírez (cual nuevo Abraham) su hijo Ramiro, cuya edad á la sazón no pasaría de ocho diez años, para que hiciese vida religiosa en el monasterio de San Ponce de Tomeras (junto á Narbona), fué, en efecto, conducido allí en 3 de Mayo del año 1093, donde aprendió y profesó la regla de San Benito bajo la disciplina del abad Frotardo. Hastiado pronto de esta clausura y ansiando los medros eclesiásticos, fué sucesivamente abad de Sahagún, electo obispo de Burgos y de Pamplona, y solicitado con grandes instancias por el clero y pueblo para la sede de Roda, que ocupó; cargos eclesiásticos éstos de los que ciertamente tuvo una idea bien inexacta el joven y distraído infante.

Muerto su hermano el rey Don Alfonso á consecuencia de la batalla de Fraga; anulado por los Grandes el original testamento de aquél, en medio de la sorpresa y confusión reinantes, eligieron, los primeros los jaqueses, á Don Ramiro para ocupar el trono; y en verdad que no se descuidó en usar el título de rey, pues ya lo hizo al día siguiente de morir su hermano.

Pasóse el tiempo de su reinado prodigando mercedes y derramando gracias que fácilmente obtenían de él los clérigos, monjes y nobles que en sus frecuentes, casi incesantes, correrías le acompañaban. Cansóse, al fin, de ser rey, como se había cansado de ser monje, abad y obispo; y así, sabido es que en Agosto del año 1137 se concluyó un tratado por el que Don Ramiro dió al conde de Barcelona, Ramón Berenguer, por esposa y futura mujer á su hija Petronila, que apenas tenía dos años, y en dote el reino de Aragón, cuyo gobierno desde

luego tomó el conde con sólo el dictado de príncipe, pues dolía á Don Ramiro desprenderse totalmente del mando.

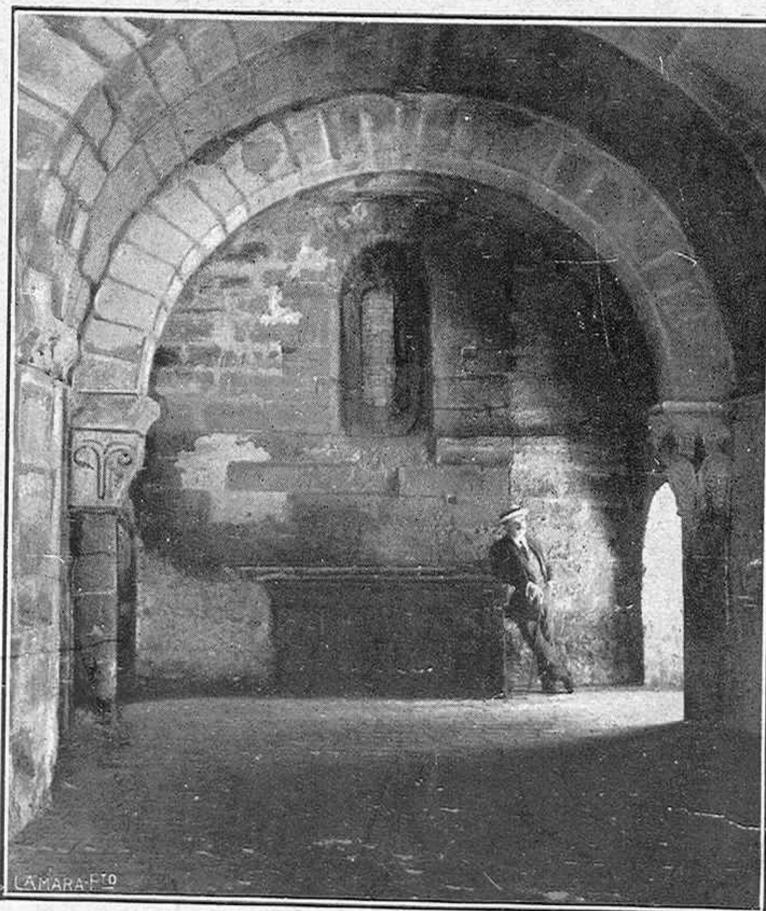
Descargado del peso de los negocios, después de cuatro renunciaciones, debió meditar cuán deleznable era la condición del siglo, y cuánto más próxima se hallaba del santo disfrute de la eterna bienaventuranza la vida austera y retirada del claustro...

El monje de Tomeras se sintió de nuevo cenobita en medio de las regias pero nominales prerrogativas que conservaba; y así fijó sus ojos en una iglesia por él muy amada y que le evocaba tiernos aunque un tanto indecisos recuerdos: la de San Pedro *el Viejo*, de Huesca, sufragánea de su monasterio de Tomeras, que puso en aquélla prior y monjes benedictinos propios. Continuó, pues, la vida monástica, después del anodino paréntesis de rey, aunque, á decir verdad, con más libertad que antes de su exaltación al trono, ya que no residió constantemente en el templo oscense, y prosiguió en otorgar favores y disponer donaciones.

El verídico Zurita dice que no se debe poner en duda que se retiró á Huesca al renunciar el gobierno; antes bien, hay que tener esto por muy constante verdad.

El monje pusilánime que tan de improviso se viera convertido en rey de Aragón, de un Estado ya crecido, no podía olvidar esta su alta calidad, acuciado por la propia presunción; y ni cesó de viajar, ni la humildad de que quiso dar pruebas fué completa y verdaderamente ejemplar; en su falsa estimación retuvo el título de rey y el señorío del reino, si bien hay que reconocer que no se mezcló en los asuntos del gobierno, acaso más por entereza y diplomacia de su yerno que por impulsos de su voluntad.

La *Crónica de San Juan de la Peña* afirma que Don Ramiro mandó que sus



Capilla de San Bartolomé, donde está sepultado el Rey Monje



Dos aspectos de uno de los capiteles del claustro de San Pedro "el Viejo", de Huesca

capellanes fuesen beneficiados de la iglesia de San Pedro *el Viejo*, y que dijese el oficio divino según la costumbre de los monjes de San Benito, como siglos después aún se seguía practicando. Hizo, pues, vida religiosa con los monjes, dirigido y aconsejado en el claustro, como lo había sido en el trono, por el obispo oscense Dodón; y la salmodia que entonara llegaría a las bóvedas como eco de arrepentimiento de pasados errores, pero acaso también de nostalgia... Las ostentosas comitivas; la cortesana adulación (que en el fondo era menosprecio); aquel enorme castillo de Loarre á cuyas obras diera impulso; aquella su fortaleza de Sos, con tanto cariño levantada, en cuyas estancias recibiera el homenaje rendido de tantos y tantos súbditos favorecidos pingüemente por la regia prodigalidad, todo se le antojaria, en momentos de ensimismamiento y de congoja, más grande, más excelso que en la realidad, en forma que le sugeriría una interrogación, mezcla de desaliento y de anhelo: ¿Por qué habría renunciado al trono? Ante cuya consideración la elevada dignidad episcopal, por el pueblo tan vivamente solicitada para él, sería en la mente del *monje* de San Pedro *el Viejo* algo mezquino, secundario...

Fuerza era resignarse ante el hecho consumado, y apartarse de los frecuentes pertinaces soliloquios que aherrrojaban su ánimo cuando éste no era solicitado por la oración ó la meditación piadosa. Cansábale pisar la pobreza de la fábrica de aquel templo y de aquel claustro, testigos de sus horas amargas; y así decidió erigirlos en forma que cuadrara con el regio huésped y su munificencia; lo cual, á la vez que gloria de Dios y del insigne San Benito, sería grande motivo de recreo y esparcimiento.

Llamó á diestros alarifes y á más hábiles escultores; y un dilatado templo y un claustro magnífico surgieron como por ensalmo, acaso bajo la dirección del maestre Jordán, arquitecto á la sazón el más afamado del reino. Cuatro crujiás con varias capillas, recogidas y austeras, y cubiertas de madera bellamente policromada é historiada; esbeltas arcadas con columnas y capiteles en los cuales fué vaciado el arte de aquel tiempo, esculpiendo escenas de la Pasión del Señor y otras que se leen en los sagrados textos, estilizadas de modo admirable, á la usanza, con verdadera profusión y detenimiento; variedad de relieves policromados empotrados en los muros, sirviendo de piadosa divisa y de cristiana protección á sepulcros; aquí, una preciosa Adoración de los Reyes; más allá, una original Crucifixión; no lejos, dos ángeles conduciendo un alma á la gloria; el monograma de Cristo prodigado por doquier...; todo el ciclo de las creencias religiosas de aquella época ruda y singular. Esta es la obra que pregona todavía (aunque descarada de su pátina ancestral) la liberalidad y devoción de un príncipe á quien tan violentamente cumple el trágico episodio de *La campana de Huesca*. A buen seguro que estos trabajos, que presenciara desde algún mirador de su palacio contiguo, como Felipe II, siglos después, los de edificación de El Escorial desde la famosa peña, fueron parte á mitigar su melancolía y su pesadumbre. Y un nuevo templo cristiano (que pronto habría de hacerse famoso) quedó consagrado encima de los vestigios de otro pagano que levantara la romana *Oscá*.

A lo que parece, murió Don Ramiro en el año 1154 del Señor, á los setenta de su edad. La Crónica de Carbonell, hablando de su renuncia,

dice «que sirviendo así á Dios nuestro Señor, vivió en buena y santa vida por algún tiempo y fama, y fué enterrado en la iglesia de San Pedro, de Huesca». El anónimo pinatense dice lo propio; y el autor de la Crónica del arzobispo don Dalmau de Mur (siglo xv) habla de su muerte en estos términos: «Murió este rey Ramiro en Huesca; y fué allí sepultado en la iglesia de San Pedro *el Viejo*... en cuya iglesia, en la capilla de San Bartolomé, yace sepultado.» Y el historiador Gauberto Fabricio, coetáneo, añade: «Y finó muy santamente, y fué á la postre sepultado muy alta e magníficamente... Yo vi su real sepulcro... en el cantón de la claustra, mas no por cierto con tan real magnificencia como tan alto rey merecía.»

En el día se muestra este curioso sepulcro en la indicada capilla de San Bartolomé, lóbrega é

imponente ésta, netamente románica, refugio y alivio de los endemoniados al calor de altisonantes y mágicos conjuros, que presidiera desde el siglo xiii una notable efigie del santo titular. Está el sepulcro empotrado en la pared: es de piedra, y deja ver su cara anterior, exornada con relieves. En el centro hay un medallón con un busto togado que sustentan dos geniecillos. Debajo un canastillo con frutas, y recostados á ambos lados una ninfa con un cuerno de la abundancia y un anciano con un tronco de árbol (que recuerda la conocida efigie que representa el Nilo), simbolizando los ríos Flumen é Isuela que fertilizan á Huesca. En los extremos vense dos niños desnudos (sin indicación de sexo): uno toca un salterio y el otro es un amorcillo. Claramente revela la obra ser romana (del siglo iv), labrada para algún magistrado de Huesca, cuya es la figura togada que en ella se manifiesta.

Y considerando los monjes y magnates que se hallaron presentes al fallecimiento de Don Ramiro, que no podrían labrar sepulcro de mayor perfección, colocaron en éste el real cadáver, como el Papa Alejandro IV puso el cuerpo de Santa Constanza en un túmulo de pórvido admirable que se halló en Roma, en el templo de Baco.

En el año 1579, con ocasión de ser mudado el sepulcro de sitio, aunque dentro de la misma capilla, fué abierto en presencia del obispo de Huesca, D. Pedro del Frago, y se halló el cadáver entero, sin faltarle más que la ternilla de la nariz, vestido con un ropón de paño burriel y ceñido con la espada que, según Zurita, le regaló el abad D. García y los monjes de San Salvador de Leyre; espada que diz que osó llevarse D. Blasco de Azlor, señor de Panzano. No era mucha la estatura de Don Ramiro, á la vista de cuyos restos es fama que el susodicho obispo, santo varón según añejas noticias, hubo de exclamar: ¡Oh, buen rey, buen rey, que hoy día se tiene memoria de tus hechos, por los cuales y por ti es nombrada la ciudad de Huesca en todo el mundo!

Acompañan á Don Ramiro en su eterno descanso, en la misma capilla, su hermano Alfonso I; una infanta niña, cuyo nombre no se ha perpetuado; D. Bernardo Zapila, último prior monacal, en tiempo de los Reyes Católicos, y el P. Fr. Ramón de Huesca, diligente historiador religioso de la ciudad en el siglo xviii. Una estatua yacente se ve en el sepulcro de aquél; en los demás, sencillas lápidas protegen las cenizas: las del rey y la infanta trasladadas del cenobio de Montearagón y hurtadas así á inicuas profanaciones.

Tales fueron los últimos días, los postreros actos de Don Ramiro de Aragón, segundo y último de este nombre; del «rey Cogulla», del «rey Carnicol», como, al decir de Zurita, le llamaron los nobles despectivamente por el mal gobierno que tenía en sus cosas, y porque daba lo suyo y lo ajeno; de aquel monarca que, aun en medio de su debilidad y de su abulia, se atrevió á mirar como feudatarios suyos á los reyes de Navarra y de Castilla, y que, en momentos de noble y espontánea confesión, declaró pública y notoriamente que lo habían engañado con harta frecuencia; de un soberano, en fin, como afirma Tragüa, que, salido del claustro, sin ser malo hizo ver al mundo que no valía para monje y que era del todo inútil para los empleos, y mucho más para tomar las riendas de un Estado que acababa de perder á un héroe como Don Alfonso, *el Batallador*.



Imagen de San Bartolomé (siglo XIII), que se veneraba en la capilla donde está sepultado Ramiro, "el Monje", y que se conserva en el Museo Provincial de Huesca

FOTS. OLTRA

RICARDO DEL ARCO

NOCTURNO OTOÑAL



Ana y Rosa=María son dos viejas hermanas que han pasado su vida debanando quimeras: Ana oculta en un velo la plata de sus canas, María rememora sus muertas primaveras.

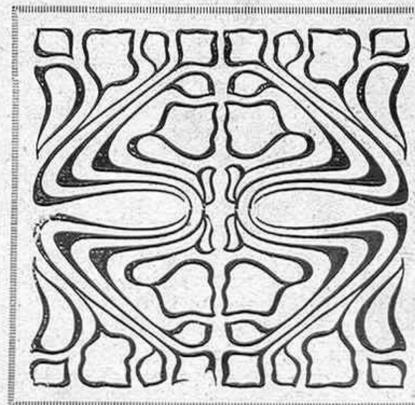
En estas tristes tardes de otoño, provincianas, al recordar las ga'as perdidas y primeras, Ana y Rosa=María suspiran... Las campanas en el nocturno plañen sus sonos de agoreras.

Y entonces Ana reza: "Dios te salve, María"... María pone un tierno comentario á la oración que entre suspiros dice la buena de su hermana.

En tonos de violeta se desvanece el día... En una calle suena, doliente, una canción, y en una torre llora la voz de una campana.

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

Xavier BÓVEDA



ARTE Y ARTISTAS



J. GRAU MIRO
Notable caricaturista catalán, que ha fallecido recientemente en Barcelona

EN Barcelona ha muerto Grau Miró. Grau Miró era uno de los más notables caricaturistas catalanes. A fuerza de trabajo y de talento había logrado destacar su personalidad entre esa brillante pléyade de jóvenes dibujantes que hoy tiene Cataluña.

Su nombre se veía frecuentemente en las revistas ilustradas, al pie de unos dibujos francamente grotescos ó sabiamente estilizados con un sentido decorativo. Tenía, además, indudable ingenio para las frases ó leyendas de estos dibujos, y en más de una ocasión obtuvo diferentes recompensas en concursos de carteles y Exposiciones.

Pero con ser ya mucho este aspecto de notable dibujante é intencionado caricaturista, aun eran más laudables otros, en los cuales se fragmentaba la personalidad de Grau Miró. Cultivaba con mucho acierto, con serena imparcialidad y bien distribuida cultura, la crítica de arte. En periódicos catalanes y castellanos publicaba frecuentes artículos, que se referían al movimiento artístico en Barcelona, é incluso representaba en España á la prestigiosa publicación inglesa *The Studio*, á la cual enviaba de cuando en cuando crónicas muy interesantes.

Había fundado, además, varias revistas satíricas de varia fortuna y perdurabilidad, ya que siempre tuvo en más estima satisfacer su entusiasmo por la caricatura que atender á los gustos extraviados del público en propio beneficio.

Por último, había sido, en unión de José María de Molina, notable escritor y periodista, el fundador del *Salón de Humoristas*, en Barcelona.

Dos años se ha celebrado en Barcelona este *Salón de Humoristas*, con un éxito repetido y pleno de promesas. Acudían á él todos los dibujantes y caricaturistas catalanes y gran número de madrileños.

Rápidamente seguían estos *Salones* á los de Madrid—que en Febrero próximo alcanzarán ya su quinto año de existencia—, y respondían, con hechos elocuentes y decisivos, á toda esa palabrería vacua de los que niegan sistemáticamente la existencia de los dibujantes humorísticos en España.

Julio Vila Prades se encuentra accidentalmente en San Sebastián. Viene de América y prepara su retorno á América. Esto indica hasta qué punto el notable pintor valenciano obtiene triunfos fuera de su patria.

Recientemente ha celebrado Exposiciones en Nueva York y en la Habana. Importantes personalidades yanquis y cubanas han posado para retratos, que aumentan el prestigio de Vila Prades.



“Retrato de doña Angelita Fabra de Mariátegui, esposa del ministro de España en Cuba”, cuadro de Julio Vila Prades



MANUEL LEÓN ASTRUC
Notable pintor, que ha celebrado una Exposición de sus obras en Córdoba

Uno de estos retratos es el de la esposa del ministro de España en la República cubana. El artista ha sabido expresar, con su estilo sobrio, todo el encanto y la belleza de la señora de Mariátegui.

En el Círculo de la Amistad, de Córdoba, ha celebrado una Exposición de sus obras el pintor Manuel León Astruc.

Conocida de los lectores de LA ESFERA es la firma del joven artista, que se ha revelado en las Exposiciones del Círculo de Bellas Artes como colorista de gran brillantez y como espíritu refinado en la elección de temas y acordes.

León Astruc da siempre en sus cuadros una nota de buen gusto, de selección depurada, de riqueza cromática, sobre todo.

A la ya larga serie de obras pictóricas y escultóricas que reproducen la figura de Galdós, el patriarca de las letras española, hay que unir el reciente retrato que ha hecho el joven pintor canario Juan Carló.

No exento de pequeños defectos, tiene, en cambio, un gran aliento romántico de sinceridad y de buena fe. El Sr. Carló ha querido dar una nota honrada y agradable: rendir un tributo de admiración al maestro.

En este último retrato suyo, Galdós tiene esa expresión tranquila, de un reposo humilde y sereno, que caracteriza la vejez del más grande de nuestros escritores contemporáneos.

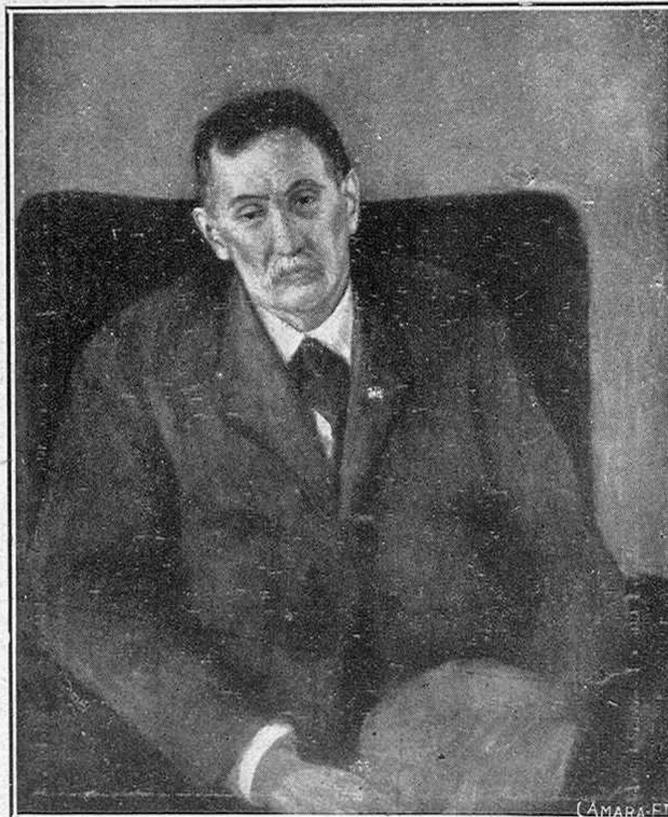
En la Sala González Hermanos, situada en la Gran Vía, de Madrid, ha celebrado una Exposición de óleos y dibujos el artista sevillano Andrés Martínez de León.

En los dibujos es donde más definida y simpática se manifiesta la personalidad de Martínez de León.

Son escenas sevillanas en su mayoría: procesiones de Semana Santa, episodios taurinos, momentos de la romería del Rocío. A veces asoma, en algunos de estos dibujos, la influencia de Ricardo Marín. Pero es sólo un recuerdo fugitivo, que tal vez se deba á la identidad de asuntos.

Sabe dar viviente movilidad á las figuras, compone con gracioso desenfado y sugiere, sobre todo, la fugitiva expresión del natural y de la realidad. Dentro de esta serie de dibujos impresionistas, los dedicados á la romería del Rocío son tal vez los mejores.

Cultiva también el Sr. Martínez de León la ilustración editorial y los temas de ingenio simbolismo, á los cuales se aficionan ahora nuestros dibujantes jóvenes. A este género pertenecen *El buque fantasma*, *Los ojos verdes*, *Venus y la calavera*, *Hamlet*, *Fanatismo y barbarie*, etc.



“Retrato de D. Benito Pérez Galdós”, cuadro original del joven pintor canario Juan Carló

PÁGINAS DE LA PERFUMERIA FLORALIA

Tfo hay

seducción sin belleza
ni ambas sin el delicioso

JABON

"FLORES DEL CAMPO"

de la
PERFUMERIA FLORALIA

Precios: 1,75, 1,25 y 0,45
la pastilla



LAMARA.FTO

FLORES DEL CAMPO

Colonia

Jabon

Polvos de Arroz

DIBUJO DE JUAN JOSÉ

FUNDADORES DE ESTADOS ASIRIA :: ASUR

OPINAN la mayor parte de los asiriólogos que la situación geográfica de la primitiva Asiria debió corresponder al territorio limitado por los ríos Tigris y Zan inferior y la cadena montañosa del Kurdistán, y que dicho país fué agrandándose en virtud de las conquistas de sus primitivos moradores que ensancharon considerablemente sus fronteras en dirección á Diola, llegando á comprender en la época de su mayor poderío casi todo el mundo conocido, pues además de la gran península de Arabia, las regiones de la Media y los antiguos dominios de Babilonia que por completo estaban avasallados á los asirios, estos llevaron triunfalmente sus armas y dominaron largo tiempo en distintas provincias de Egipto, Palestina, Siria, Fenicia y Armenia como también en la mayor parte del Asia menor.

Sin embargo, la Asiria propiamente dicha no era más que una vasta y feraz llanura regada por las aguas del Tigris, cuyos innumerables afluentes, descendiendo de los montes Nifales y Gordianos, tributaban sus aguas al histórico río, después de haber recorrido y fertilizado la campiña.

No es aventurado suponer que la riqueza de esta feracísima comarca unida á las facilidades que para la construcción parecía la Naturaleza haber almacenado en sus riberas, donde abundaban la arcilla y la caliza, así como el mármol, alabastro y metales en las vecinas montañas, determinasen el establecimiento de un núcleo de población en aquel país tan pronto como la huella humana se posara en tan privilegiadas tierras.

Aseguran las tradiciones asirias, como también así consta en las Sagradas Escrituras, que Asur fué, en remotísimos tiempos, el que fundó la ciudad de su nombre, estando fuera de duda que dicha ciudad debió ser la primera capital de la nación asiria, á cuyo territorio se menciona en la *Biblia* con el nombre de su fundador ó sea «País de Asur».

Según las citadas tradiciones, no queriendo Asur por más tiempo sufrir el yugo de Nemrod,



ASUR

que despóticamente reinaba en Babilonia, decidió huir de aquellos estados, y seguido de algunos partidarios, abandonó los dominios del tirano babilónico.

Por lo dicho puede deducirse que los primitivos asirios fueron descendientes de una colonia de babilonios establecidos, según parece, en la orilla derecha del Tigris á unos sesenta kilómetros de la desembocadura del río Zab superior.

A partir de lo anteriormente expuesto la historia de Asiria queda interrumpida, por falta de datos referentes á la misma, durante un largo período de siete siglos durante los cuales, según

opinión de muchos historiadores, debió ser Asiria una provincia de Babilonia que la tuvo bajo su soberanía hasta que alguno de sus gobernadores, rebelándose contra el poder babilónico, la constituyó en nación independiente.

Debe, no obstante, tenerse en cuenta que á todo lo referente á este primer período de la historia asiria debe concedérsele un valor muy relativo, pues los trabajos y excavaciones hasta la fecha realizados en regiones donde radicarón las desaparecidas capitales de Asiria (Asur, Calach y Nínive) aportan escasísima luz en lo referente á los primeros tiempos de los asirios.

Por el contrario, los hechos pertenecientes al segundo período (Calach por capital) y, muy particularmente, los relacionados con el tercero (capital Nínive) aparecen cada vez más precisos debido á los documentos gráficos hallados en las excavaciones que anteriormente se han mencionado.

El imperio asirio subsistió como estado independiente hasta el año 606 (antes de J. C.), en cuya fecha el soberano medo Ciaxares aliado con Nabopolasar, sátrapa de Babilonia que se había proclamado rey, sitiaron y destruyeron á Nínive pasando la Asiria á formar parte del imperio medo.

ooo

En la religión consideraron los asirios á su primer rey Asur como á su dios supremo, al que llamaban primitivamente Ilú. De dios epónimo de la capital de Asiria, se convirtió posteriormente en dios nacional y fué denominado «dios entre los dioses».

A él se confiaba, al comenzar una empresa guerrera, el triunfo de las armas asirias, entrando el nombre de Asur en la formación de multitud de nombres asirios, particularmente de reyes.

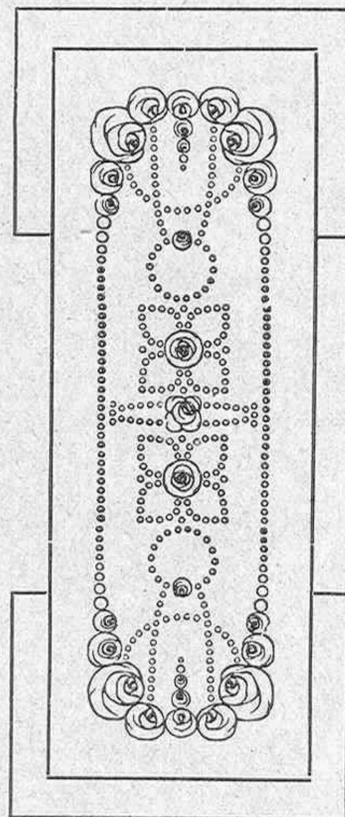
Entre los valiosísimos monumentos del arte asirio que figuran en el British Museum de Londres, pueden verse algunos altares con la representación gráfica del dios-rey Asur.

C. URBEZ

LA MUJER Y LA MODA



Elegante "toilette" en charmeuse bleu roi, cubierto de tul negro, bordado en perlas de color



Abrigo-capa de raso, guarnecido en tisú-forrure, creación de madame Raguette, y sombrero en piel de topo, modelo de Mme. Marie

Los modelos que tenemos el gusto de ofrecer á nuestras lectoras son creación de la Casa *Madame Raguette* (Maison Parisiën), que, recién llegada de París, expone una elegantísima colección de modelos en los salones de *Madame Marie, Príncipe, 14, entresuelo*, y que está siendo visitadísima por la aristocracia madrileña.

CABALLERO



COGNAC

LA MONJA ALFÉREZ

es el quinto volumen de la Biblioteca de **EL SOL** que ya se ha repartido á los señores suscriptores

En preparación: "**Stepantchikovo**", novela rusa de Dostoievsk (traducción de Ricardo Baeza). Volumen 7.º: «Postfíguro» (2.º tomo).

Precios de la suscripción combinada con derecho á recibir diariamente **EL SOL** y mensualmente el volumen de la Biblioteca.

Un año.....	30 pesetas
Seis meses.....	16 "
Tres meses.....	8 "

Todo lector de **EL SOL**, coleccionando los cupones que inserta diariamente, puede canjearlos cada mes por el volumen correspondiente

EPISODIOS NACIONALES

POR

DON BENITO PÉREZ GALDÓS

Edición de lujo en rústica ≈ Veinte episodios en diez tomos con profusión de grabados ≈ Obra adquirida por esta Empresa en obsequio de los lectores de **EL SOL**

Su precio en tomos sueltos es de **PESETAS 140**, pero **EL SOL** la cederá á sus favorecedores en las condiciones siguientes:

A los nuevos suscriptores por un año, ó á los que renueven su suscripción por este plazo, **PESETAS 54**, pagaderas en plazos de **PESETAS 4,50** mensuales, ó **PESETAS 50**, pagaderas al contado -- A los lectores en general, **PESETAS 60** al contado, previa presentación de los -- -- -- 10 cupones que publicará dicho diario en el plazo de treinta días -- -- --

NOTAS.—1.ª Los suscriptores ó lectores de provincias deberán remitir pesetas 5 para gastos de envío y certificado.—2.ª Los suscriptores á plazos firmarán la oportuna póliza que remitirá esta Administración.—3.ª Los suscriptores de provincias deberán remitir sus peticiones por mediación de nuestros corresponsales

 LEA USTED **EL SOL**
SUSCRIBASE A  **EL SOL**

Administración: Madrid, Larra, 8

Sucs: Barcelona, Rambla de Canaletas, 9; Asturias, calle de Pilares, edificio Ojanguren, Oviedo